

Antropología de emergencia y cronotopos: la Dana de València como escenario de una profunda crisis socioecosistémica

Beatriz Santamarina Campos

Departamento de Sociología y Antropología Social, Universitat de València
beatriz.santamarina@uv.es

Albert Moncusí Ferré

Departamento de Sociología y Antropología Social, Universitat de València
albert.moncusi@uv.es

Teresa Vicente Rabanaque

Departamento de Sociología y Antropología Social, Universitat de València
teresa.vicente-rabanaque@uv.es

Pablo Santamarina Campos

Escuela de Arte y Superior de Diseño Valencia
psantamarina@easdvalecia.com

Xavier Peiró Penalba

Departamento de Sociología y Antropología Social, Universitat de València
xavier.peiro@uv.es

Resumen: La Dana ocurrida en la provincia de València (octubre, 2024) se suma a una serie de desastres recientes en un contexto global de crisis socioambientales. Su intensidad y extensión territorial han causado una devastación sin precedentes, generando una creciente sensación de riesgo en el imaginario colectivo ante la posibilidad de que se repita en el futuro cercano. El presente artículo realizará una aproximación a este fenómeno multifacético, a partir de un enfoque interdisciplinar y con una mirada desde la Antropología Ambiental. Ésta concibe las nociones de sostenibilidad, crisis ecológica, resiliencias o vulnerabilidad como campos de carácter biopolítico. El artículo propone un doble análisis. De un lado, plantea la importancia de trascender la dicotomía naturaleza/cultura para garantizar la sostenibilidad socioecosistémica. La conceptualización de la naturaleza y su utilización en las distintas narrativas adquiere aquí una importancia clave. Los desastres, bajo sus distintas clasificaciones analíticas, son fenómenos disruptivos que, cuando suponen un colapso general, devienen en catástrofes. Y éstas, lejos de ser leídas como 'naturales', deben ser consideradas antrópicas. De otro lado, repararemos en la reconfiguración del espacio y el tiempo tras la Dana. Ambas coordenadas son clave para pensarnos, vertebrar nuestra identidad y para dar significado a los acontecimientos que retan a las estructuras de sentido. Para este texto se ha utilizado el material de una investigación en curso en la que se ha realizado un trabajo de campo que incluye diversas estrategias metodológicas como la observación participante, entrevistas, análisis de redes sociales y otros espacios digitales o medios de comunicación, relatos breves, entre otras.

Palabras clave: Dana Valencia, antropología ambiental, catástrofe, percepciones, narrativas.

Abstract: The Dana in the province of Valencia (October 2024) is one of a series of recent disasters in a global context of socio-environmental crises. Its intensity and territorial extent have caused unprecedented devastation, generating a growing sense of risk in the collective imagination about

the possibility that it will be repeated in the near future. This article will provide an approach to this multifaceted phenomenon, based on an interdisciplinary approach and a view from the perspective of Environmental Anthropology. It conceives the notions of sustainability, ecological crisis, resilience or vulnerability as fields of a biopolitical nature. The article proposes a twofold analysis. On the one hand, it raises the importance of transcending the nature/culture dichotomy to ensure socio-ecosystem sustainability. The conceptualization of nature and its use in different narratives takes on a key importance here. Disasters, under their different analytical classifications, are disruptive phenomena which, when they involve a general collapse, become catastrophes. And these, far from being read as 'natural', must be considered anthropic. On the other hand, we will notice the reconfiguration of space and time after Dana. Both coordinates are key to think, to construct our identity and to give meaning to events that challenge the structures of meaning. For this text we have used the material of an ongoing research in which a field work has been carried out which includes various methodological strategies such as the participant observation, interviews, analysis of social networks and other digital spaces or media, short stories, among others.

Key words: Dana Valencia, environmental anthropology, catastrophe, perceptions, narratives.

1. Introducción

El 29 de octubre de 2024 (29O) la provincia de València sufrió uno de los acontecimientos más dramáticos de su historia. Al mediodía los medios de comunicación y las redes sociales se hacían eco del impacto de la Dana (expresión referida a una depresión aislada en niveles altos)¹ a su paso por la comarca de La Plana de Utiel-Requena con la avenida del río Magre. Las primeras noticias, difundidas a través de estas plataformas, mostraban escenas devastadoras. Sin embargo, la contundencia de las imágenes y las trombas de agua caídas durante la mañana e intensificadas, durante la tarde, en las comarcas vecinas no fueron suficientes para trastocar la cotidianidad de miles de personas.

En la de la Hoya de Buñol-Chiva llovió con ímpetu todo el día, provocando el desbordamiento del barranco de Poio con un nervio inusual llegando a cuadruplicar su caudal. Según la Agencia Estatal de Meteorología (AEMET) se registraron acumulaciones de precipitación excepcionales que superaron los 300 l/m² en la franja entre Utiel y Chiva. En Chiva, específicamente, se contabilizaron 491 l/m² en un lapso de ocho horas, cifra que equivale a su total medio anual. En la Ribera Alta del Xúquer, Turís marcaba un nuevo récord de precipitaciones en nuestro país; recogió 771,8 l/m² a lo largo de la jornada y 184,6 l/m² en solo una hora (AEMET). Los fuertes aguaceros en las cabeceras del río Magre y el Xúquer y en las cuencas de los barrancos de Poio y Pozalet-Salet, situados entre el Túria y el Xúquer, provocaron heterogéneos desbordamientos.

El área metropolitana al sur de València, la más damnificada, llegó a convertirse en una trampa mortal. La mayoría de las personas fallecidas, más del 75%, se concentraron en ese espacio reducido, caracterizado por una alta densidad de población (1592 hab./km²) "Sin lluvia" y bajo un intenso "viento cálido", que envolvía la ciudad y sus alrededores, muy pocos percibían el peligro

¹ Según el diccionario de la Real Academia de la lengua española es una "Depresión en niveles altos de la atmósfera, que, aislada de la circulación general atmosférica, se mueve de forma independiente y puede producir grandes perturbaciones con precipitaciones muy intensas". Disponible en: <https://dle.rae.es/dana>

de la riada, con una bravura suficiente para inundar 562,74 km². Cuando los torrentes o las “olas” llegaron, el ímpetu y la rapidez del “tsunami” no dejó margen para la reacción y numerosas personas quedaron apresadas.

En un contexto de caos y confusión, el sistema de alerta por emergencia, con el envío masivo de mensajes a los móviles (Es-Alert), llegaba tarde y cuando muchas personas estaban en shock o intentaban buscar resguardo o salvar vidas. El mensaje enviado creó más confusión, si cabe, al instar a la población de la provincia de València a evitar desplazamientos “por las fuertes lluvias”.

Al día siguiente se iniciaba una nueva barrancada, esta vez de información y desinformación, y se vivía con angustia y desconcierto lo sucedido ante las emisiones especiales de À punt (sin filtros), lo puesto en circulación en redes, especialmente los mensajes de WhatsApp de amistades y familiares², los espacios virtuales y la prensa local que invitaban más a la ficción y a la incredulidad que a la realidad de lo sucedido por su carácter alarmante.

Los periódicos locales con mayor audiencia abrían sus portadas con fotos de grandes dimensiones. El Levante EMV usaba una toma desde un edificio alto de la pedanía de La Torre, mostrando un panorama desolador. Sobre ella se leía con una enorme grafía: “Una nueva pantanada engulle Valencia”. Sobre ese marco y jugando con el color amarillo se resaltaban cinco frases breves: “Una gota fría con registros de 435 litros causa inundaciones catastróficas”; “Fuerzas lluvias cortan múltiples carreteras y trenes y desbordan ríos”; “La Ribera, Utiel-Requena, la Hoya de Buñol y l’Horta Sud viven escenas de devastación”; “El fenómeno provoca tornados, anega calles y atrapa a cientos de personas” y “Un camionero está desaparecido y las autoridades temen por las víctimas mortales”. El rotativo Las Provincias, por su parte, utilizaba una reproducción de una calle de Paiporta anegada, con vehículos amontonados entre cañas, y se leía sobre ésta y en grandes dimensiones: “Devastación”. Y bajo este contundente rótulo se añadía: “Las lluvias torrenciales desatan el pánico: al menos un muerto, varios desaparecidos, pueblos anegados y miles de atrapados en casas y coches”. Abajo y superpuesto se situaba un mapa de la Comunidad Valenciana con las lluvias registradas (nombrando los litros recogidos en las localidades de Requena, Chiva, Pedralba y Siete Aguas). Además, varios enunciados cortos encabezados por las palabras Utiel, La Ribera, Picanya, Autovía, Caos y Emergencia completaban la información e insertado en medio de estos había una pequeña foto con un rescate cuyo pie decía: “Editorial: Tierra de riadas”.

Pese a que a la 1 de la madrugada ya circulaba en Facebook y X (antes Twitter) la contundente portada de Levante EMV sobre los hechos, la prensa estatal ignoró de manera desigual lo ocurrido en València. Todas las portadas de los rotativos nacionales del miércoles 30, con mayor difusión o audiencia, parecían ignorar o no dotar de entidad suficiente a lo ocurrido. El diario El País llevaba en su portada como las dos noticias más destacadas: “El temporal devasta Albacete y Valencia y deja siete desaparecidos” (con una foto de Letur, Albacete). En el intertítulo se leía: “El pueblo manchego de Letur es arrasado por las aguas y se busca a seis de personas, más una en L’Alcúdia. El Gobierno crea un comité de crisis por la Dana y moviliza a la UME en Utiel’ y “Jornada negra en Gaza y Líbano: más de 150 muertos”. La Vanguardia también destacaba dos: la primera, “Gorizolzarri renuncia a la presidencia de CaixaBank” y la segunda, ocupando más sitio, “Una DANA extrema arrasa el Levante y deja desaparecidos y graves daños” (con una instantánea del casco urbano de Utiel). El subtítulo decía: “Puentes derribados, autopistas y líneas de tren cortadas e infraestructuras

² WhatsApp es la red social más utilizada en el Estado español según el último estudio de la Asociación Internacional de Comunicación, Publicidad y Marketing Digital IAB Spain. Más información: <https://iabspain.es/>

destruidas, parte del balance de las fuertes lluvias de ayer” y en el texto: “Andalucía y el Levante se llevaron ayer la peor parte de una fuerte borrasca que dejó al menos siete personas desaparecidas y numerosos daños en infraestructuras”. El Mundo señalaba tres informaciones, la primera y de mayor protagonismo “El juez rastrea cinco documentos clave de la ‘apropiación indebida’ de Begoña Gómez” y en el margen inferior se dividía entre “Siete desaparecidos por la DANA y cancelado el AVE Madrid-Valencia” y “Testosterona en las urnas: el voto de los hombres aúpa a Trump” (ilustrada con una foto). El ABC centraba toda su atención en: “Apropiación indebida, nueva imputación de Begoña Gómez”.

Todas esas portadas reflejan el “parón informativo” sobre lo que se había vivido, sobre todo, la tarde-noche del 29O. Podemos intuir varias razones, entre ellas, el caos generado, la tardía bajada de las aguas en algunos municipios hasta altas horas de la madrugada, la falta de comunicaciones por los enormes daños causados en las infraestructuras, y la costumbre en el mes de octubre de estos episodios en el Mediterráneo (Tierra de riadas).

No fue, desde luego, el único apagón. La inacción política, en distintos niveles, fue sobresaliente. No entraremos en su gestión³ como tampoco trataremos el movimiento extraordinario del voluntariado; aquí lo importante es señalar que todas son diferentes caras de una misma manifestación. De facto, el fenómeno del 29O es multifacético, su interpretación requiere de un enfoque interdisciplinar para examinar su complejidad socio-ecosistémica. Las causas, respuestas, resiliencias, responsabilidades, atribución de culpas y consecuencias se enredan en una madeja compleja de desenredar.

En este texto, nos centraremos nada más en dos aspectos: en los ‘sentidos y significados’ atribuidos a la Dana y en las ‘coordenadas espacio-tiempo’ utilizadas para explicarla. Para ello, en primer lugar, nos acercamos a distintas lecturas realizadas sobre las catástrofes y los desastres desde las ciencias sociales. Este será el marco interpretativo para atender nuestros intereses. En segundo lugar, prestaremos atención a la construcción particular de lo ‘natural’. Este análisis se torna fundamental para poder desarticular los discursos negacionistas sobre la emergencia climática o el calentamiento global. En tercer lugar, atenderemos a las coordenadas espacio-temporales; éstas son básicas para edificar nuestra identidad, sea fracturada o líquida, y tienen mucho protagonismo en las narrativas de nuestros y nuestras informantes. Por último, cerraremos con más preguntas que con conclusiones propiamente dichas, haremos un ‘a modo de cierre’ que será más bien un ‘a modo de apertura’.

Para finalizar, cabe reseñar que este artículo recoge parte de una investigación, “Etnografía de Emergencia. Memorias, narrativas, prácticas y estrategias ante la DANA de València”⁴, iniciada una semana después de la Dana. Ésta sigue en curso y está formada por un equipo interdisciplinar.

En cuanto al trabajo de campo realizado, se han hecho más de cien observaciones participantes en escenarios clave; se ha realizado etnografía virtual (redes sociales y fake news); se ha llevado a cabo un vaciado de prensa, con la utilización de la base de datos FACTIVA; se han realizado más de ciento veinte entrevistas a pie de laboratorios del proyecto #Salvemlesfotografies y del

³ En la esfera local, es de justicia destacar que hubo una respuesta desigual con ayuntamientos que reaccionaron desde el primer momento y otros que quedaron paralizados.

⁴ Investigación financiada por el vicerrectorado de Cultura y Sociedad de la Universitat de València y el Consorcio de Museos de la Generalidad Valenciana.

voluntariado en plena acción y más de cien entrevistas semidirigidas (a cuerpos técnicos, políticos, fuerzas de seguridad, a la ciudadanía afectada, al voluntariado y a especialistas); se han recogido más de cien relatos (microrrelatos) sobre la Dana de personas no afectadas por ésta directamente en distintos tiempos; y, por último, se han tomado multitud de fotografías durante las observaciones; concretamente se han realizado en torno a ciento cincuenta con la intención de efectuar en el futuro una exposición fotográfica en las localidades afectadas como parte de nuestra voluntad de devolución, a través de una exposición, a las localidades afectadas.

Todo este material se está elaborando cuando escribimos estas líneas, al mismo tiempo que se está completando el trabajo de campo. Para esta investigación, como se ve, adoptamos la perspectiva de la Orientación Pública, es decir, partimos de una mirada crítica, colaborativa y comprometida. La capacidad de la etnografía hacia la escucha activa la convierte en una herramienta ética, valiosa y eficaz para llevar a cabo trabajos en situaciones no solo posteriores a desastres, sino mientras estos acontecen. Nuestro propósito ha sido y es hacer una 'etnografía de emergencia' que recoja los distintos relatos y silencios en diferentes espacios y lugares.

2. Catástrofes, emergencias y crisis socio-ecosistémicas

Los desastres son sucesos traumáticos desde un punto de vista colectivo cuya materialización en la amplia destrucción de infraestructuras sociales, en la interrupción de la vida comunitaria y en la incapacidad de las autoridades frente al alcance de sus consecuencias, los convierte en catástrofes (Quarantelli, 2000). Estos fenómenos -y su manifestación inmediata como emergencias- han constituido un campo de estudio que tiene referentes fundacionales distintos en Estados Unidos y en Europa.

En el primer caso, encontramos el Disaster Research Center de la Universidad de Ohio (actualmente ubicado en la Universidad de Delaware), cuyo fundador fue Enrico (Henry) Quarantelli, en 1963. Aquella iniciativa surgió por el interés académico en el impacto que sobre las personas y la organización social producían desastres como inundaciones, huracanes o terremotos, pero su desarrollo estuvo marcado por la necesidad que tenía la Oficina de Defensa Civil de Estados Unidos de responder al riesgo que suponía la guerra fría. A un interés en la respuesta a los desastres por parte de las personas y organizaciones afectadas por ellos se sumaba, entonces, el surgimiento de una cierta conciencia global.

La rama europea de los estudios sobre desastres o catástrofes se inicia en los años setenta, con trabajos críticos sobre el desarrollo y el colonialismo que llaman la atención sobre la vulnerabilidad que ponen de manifiesto catástrofes como las sequías, causadas por estructuras de dominación políticas y sociales que mostraba que los desastres aparentemente naturales tenían en realidad una raíz social (Revet, 2011).

El intenso desarrollo de los movimientos sociales desde finales de los años sesenta del siglo XX, entre ellos el antimilitarista y el ecologista, unido a varios acontecimientos como la crisis del petróleo (1973-1979), los accidentes de Three Mile Island (1979), Bhopal (1984), Chernobyl (1986), el terremoto de México (1985) o la erupción del volcán Nevado Ruiz en Colombia (1985), impulsaron el desarrollo de aquellos estudios sobre vulnerabilidades, pero también supusieron un viraje hacia trabajos enfocados a la noción de 'riesgo' (Revet, 2011).

Entre los autores más influyentes en este viraje destacan Mary Douglas y, sobre todo, Ulrich Beck. Ambos coincidieron en destacar el carácter socialmente construido de los 'riesgos' y la importancia de la incertidumbre que conllevan, aunque con distintos matices. Douglas (1996[1985]) incidió en cómo los valores y normas culturales que ordenan el mundo hacen que unos riesgos sean aceptables y otros no, hasta el punto de que los sujetos puedan desarrollar cierta inmunidad subjetiva hacia acontecimientos porque creen que están bajo control.

Por su parte, Beck (1998[1986]) resaltó el carácter consustancial de los riesgos en relación con la modernidad, con la ambivalencia que suponían los avances tecnológicos. Más tarde, este autor profundizó en el alcance global de los riesgos, planteando que tanto éstos como su materialización en forma de catástrofes conllevaban un desplazamiento desde la confianza en las instituciones a la sospecha de que eran ellas mismas las que podían llegar a producir catástrofes o estar detrás de ellas por sus propias decisiones y por sus formas de organización. Para el sociólogo alemán, los riesgos globales tenían dos caras: "la probabilidad de posibles catástrofes" y "la vulnerabilidad social a través de las catástrofes", algo que consideró puesto de manifiesto por el caso del Katrina y sus efectos sobre poblaciones pobres y racializadas (Beck, 2007: 21).

Desde entonces, la literatura sobre desastres o catástrofes (y sobre las emergencias que las ponen de manifiesto con inusitada inmediatez) ha mostrado cómo estos acontecimientos rompen la cotidianidad coyunturalmente, al tiempo que amplifican desigualdades estructurales preexistentes (Barrios, 2017). Se ha destacado, también, que son protagonizados por actores (militares, sanitarios, gestores, ingenieros, víctimas) que existen por la catástrofe misma (Revet, 2009). El desencadenante es algún agente fuera de control social, de carácter humano o tecnológico o considerado natural (Quarantelli, 1998), aunque la comprensión profunda de las catástrofes sólo es posible si se supera la división de la realidad entre partes naturales, tecnológicas y sociales propia de la ontológica moderna (Latour, 2007). Una superación que permite observar cómo entre las consecuencias de las catástrofes se encuentra la generación de tensiones en el sistema cultural de una sociedad, incluida su concepción de lo humano y lo natural (Boschiero, 2021).

La 'antropología de las catástrofes' y, en su desarrollo ante la inmediatez del evento, la 'antropología de las emergencias', da cuenta de cómo estos acontecimientos pueden colapsar las instituciones sociales y políticas y de cómo pueden acabar moldeando valores y narrativas colectivas que surgen ante un contexto global favorable a los fenómenos catastróficos como es el cambio climático (Turner, 2023). De hecho, este fenómeno planetario ha constituido en los últimos veinte años un elemento central en las interpretaciones e intervenciones orientadas a la prevención de fenómenos extremos, como un aspecto que supera su incidencia local. Algo que, sin embargo, a menudo se plantea en términos de solución específicamente tecnológica (Revet, 2011). Las catástrofes emergen como manifestación del presente que, en cierto modo, constituye un no-tiempo resultado de la sensación de perder "la propia presencia cultural en el mundo" (Boschiero, 2021).

Pero un análisis antropológico más allá de esta impresión subjetiva del marco temporal del suceso nos lleva a lo que Braudel (1970) denominó un 'tiempo de larga duración', como época estructuralmente constituida que establece ciertos fundamentos culturales que persisten durante decenios. Los acontecimientos ponen a prueba la persistencia de los fundamentos de una época y los principios explicativos de la realidad que suponen (Sahlins, 1997). En este sentido, la antropología ha conceptualizado las dimensiones temporales de las catástrofes en el contexto de fenómenos de evolución lenta como el cambio climático (Barrios, 2017). Oliver-Smith (1999) ha

utilizado el concepto de 'crisis reveladora' para describir las catástrofes como sucesos que dejan al descubierto las contradicciones fundamentales de una sociedad. Los desastres, las catástrofes y las emergencias con las que se expresan serían pues signos de una fase calificada, según la autoría o el acento, como neoliberal (Harvey, 2007) o informacional (Castells, 2003).

La Dana, que asoló más de ochenta localidades de la provincia de València, supone un caso paradigmático que nos sirve para ejemplificar la pertinencia de conceptos como 'antropoceno' (Crutzen & Stoermer, 2000), 'capitaloceno' (Moore, 2016) o 'tecnoceno' (Haff, 2014). A pesar de no ser equivalentes y contener múltiples matices, todos estos términos califican nuestra época como una Era marcada por la centralidad de las acciones y concepciones humanas en la transformación del mundo, a través de las formas productivas capitalistas, de los procedimientos tecnológicos, de la tendencia a la connivencia política entre Estado y mercado y del papel amplificador de las redes digitales. Una época que se refleja en crisis en la relación de las sociedades contemporáneas con sus entornos ecológicos, con sus formas de gobernanza y con la construcción de un sentido ampliamente compartido para la vida cotidiana.

Las situaciones de catástrofe dejan entrever algunas de estas crisis a través de ideas, narrativas, relaciones y prácticas de las que se puede dar cuenta mediante la 'etnografía' (Barrios, 2017). Se trata del método antropológico por excelencia, aplicable en estos casos, si bien con el condicionante del impacto traumático que limita, o por lo menos condiciona fuertemente, la capacidad de inmersión en la realidad cotidiana de quienes lo han sufrido (Fradejas-García, et al., 2021).



Imagen 1. Benetússer, 26 noviembre 2024. Autor: Pablo Santamarina Campos.

La ‘etnografía de emergencia’ o de ‘urgencia’ se ha desarrollado históricamente por dos vías: el estudio de prácticas culturales o grupos sociales en vías de desaparición y la investigación de acontecimientos traumáticos (Fradejas-García et al., 2021) tales como los desastres o catástrofes como erupciones volcánicas, terremotos, inundaciones o incendios (Barrios, 2017); o crisis humanitarias como hambrunas, conflictos bélicos o violencias en el control de flujos de migrantes en zonas fronterizas (Fradejas-García et al., 2021).

La segunda de estas vías es la que estamos aplicando en nuestra investigación, entre otras cosas, tratando de captar tanto conocimientos, creencias y valores como prácticas desarrolladas frente a la Dana por personas que ocupan distinta posición estructural en cuanto a género, generación, clase y origen etnonacional, por la zona en la que residen o por el nivel en el cual se vieron afectadas. Son personas, también, con distinto papel ante la catástrofe (vecindario, técnicos, voluntariado, políticos o especialistas) cuyos discursos, narrativas y prácticas han mostrado y muestran que el impacto material y emocional de la Dana de València fue intenso en las primeras semanas, pero se hace sentir aún meses después.

El estudio de catástrofes y emergencias pone de relieve, entre otros aspectos, la relevancia de la construcción cultural de marcos espacio-temporales para la comprensión global de los efectos de fenómenos como la Dana de València y del análisis de sus causas socioculturales. En este sentido, son relevantes la suspensión o la alteración del marco temporal que produce la catástrofe (Boschiero, 2021) y los saberes y percepciones locales sobre el espacio que, entre otras cosas, dan cuenta de un marco simbólico que define una relación naturaleza/cultura/sociedad. Saber por dónde transcurre un cauce, las consecuencias de una lluvia torrencial, reaccionar de un modo u otro frente a situaciones críticas, confiar más o menos en la tecnología y en las autoridades, atribuir responsabilidades a ciertos actores y contar entre ellos a la “naturaleza” o “la meteorología” son aspectos clave de la experiencia cultural de los sujetos y de su respuesta y resiliencia ante la emergencia (Gentric y Langumier, 2009).

Ciertos elementos del territorio —como barrancos, cauces, valles o la lluvia— suelen ignorarse o tratarse como meros objetos susceptibles de ser modificados o eliminados sin considerar su integración en un contexto socio-ecológico. Esto podría explicar, en parte, por qué, a pesar de la fuerza de los discursos expertos, políticos y mediáticos sobre el cambio climático, no se ha vinculado de manera generalizada lo ocurrido el 29O de 2024 con este fenómeno. Esta separación cultural e institucionalizada se refleja en el hecho de que la atención mediática y política se haya centrado en las zonas urbanizadas, mientras que las áreas rurales y las áreas protegidas afectadas por la Dana hayan quedado prácticamente al margen. Los intentos de construir un significado de lo ocurrido representan este fraccionamiento sistémico entre dos órdenes de la realidad como serían el natural y el social, y lo hacen de forma reiterativa, a cada evento crítico, y con la amplificación que conllevan las redes digitales (Ruiz Torres, 2021). Son intentos que tratan de lidiar con la incredulidad, el caos, la incertidumbre y la vulnerabilidad como componentes de la catástrofe, que se manifiesta con un alcance que no solo supera la capacidad de respuesta institucional, sino que pone de manifiesto la contribución de las propias instituciones a esos mismos componentes (Boschiero, 2021). Intentos que, además, emergen sobre un poso discursivo que, modelado por los grandes medios generalistas, reproduce imaginarios sociales, centrándose en relatos cronológicos y, en especial, en el momento de los hechos, sin apenas atender a la relación de la catástrofe y de sus consecuencias con la cuestión estructural del cambio climático (Roboch, 2017).

3. Incredulidad, caos, incertidumbre y vulnerabilidad

Según el trabajo publicado por el Instituto Valenciano de Investigaciones Económicas (IVIE), los quince municipios más afectados, lo que han denominado zona cero, fueron “Alaquàs, Albal, Aldaia, Alfafar, Algemesí, Benetússer, Beniparrell, Catarroja, Chiva, Llocnou de la Corona, Massanassa, Paiporta, Picanya, Sedaví y Utiel” (Pérez et al., 2025). Es decir, se sitúan en cuatro comarcas, por lo que la catástrofe tendría cuatro focos diferenciados, aunque la extensión más grande se localiza en l’Horta Sud; si bien en el informe se reconoce que no existe unanimidad sobre cuáles fueron las zonas más afectadas.

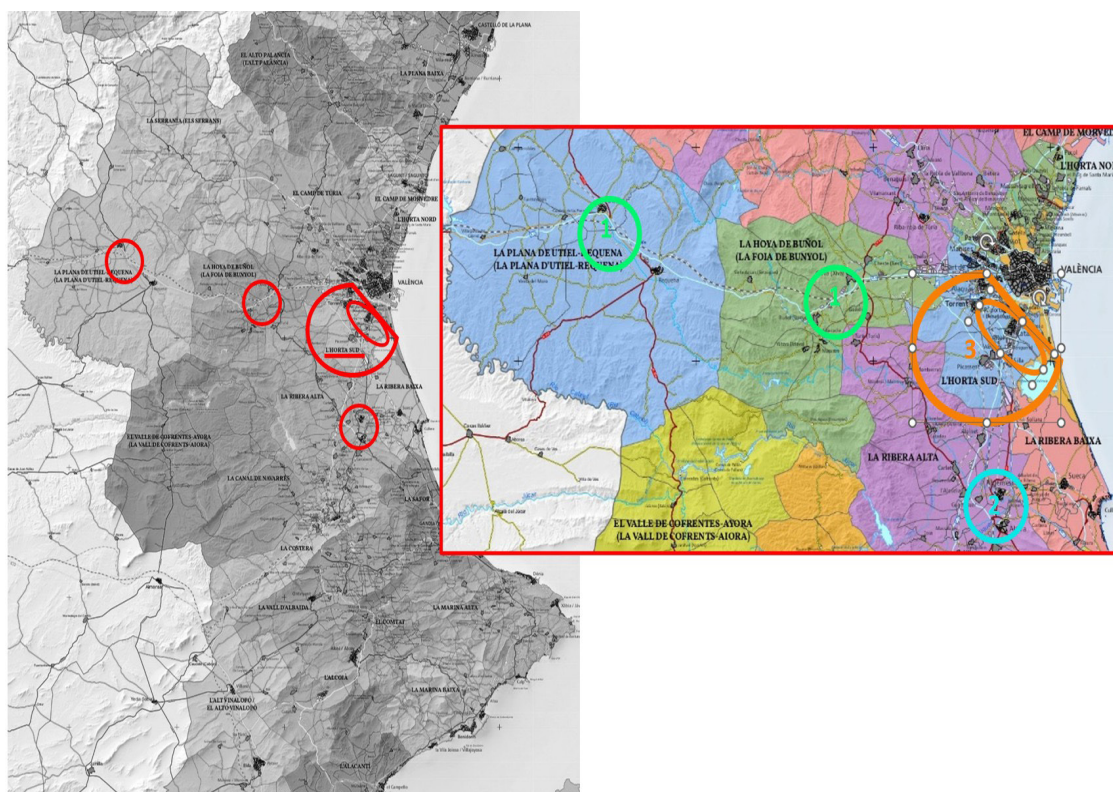


Figura 1: Principales áreas afectadas por la Dana. Fuente: Elaboración a partir del mapa comarcal del Institut Cartogràfic València. Generalitat Valenciana.

A partir de esta selección, nuestro criterio de ‘epicentros’ ha sido distinguir entre tres áreas, dejando al margen las unidades administrativas. La primera contemplaría Utiel, limítrofe con Castilla-La Mancha, y Chiva, situada entre ésta y València. Estos dos municipios quedan en el interior de la provincia, son castellano-parlantes, poseen en común un potente pasado vinculado al viñedo (Piqueras, 1998; Cárcel, 2011)⁵, y hoy viven el auge del sector terciario gracias al desarrollo del llamado turismo de ‘naturaleza’ y del enoturismo. Tienen un censo de 11.703 y de 17.245⁶ habitantes, respectivamente, y ambos presentan una densidad de población baja (INE, 2024). Por último, los dos centros urbanos están atravesados por dos cauces fluviales, el río Magre y el barranco de Poio.

La segunda abarcaría el municipio de Algemés, situado a 32 km del sur de València, en la llanura aluvial costera, y ubicado en la Ribera del Xúquer, con una densidad de población de 675,7 hab./km² y una población de 27.968 habitantes (INE, 2024). Durante la primera década del siglo XXI experimentó un importante crecimiento demográfico y urbanístico, que hoy parece consolidarse⁷. Está conectado con las otras dos áreas diferenciadas. Con la primera, porque el río Magre atraviesa su casco urbano y finaliza su recorrido en la desembocadura del Xúquer; con la tercera, porque parte de su término municipal está dentro del Parque Natural de L’Albufera, al igual que algunas de las localidades del sur de València (Alfajar, Catarroja, Massanassa, Sedaví y Castellar-L’Oliveral).

La tercera englobaría todos los municipios de la comarca de l’Horta Sud señalados en el reporte del IVEI, más Torrent y las tres pedanías del Sud de València (La Torre, Forn d’Alcedo y Castellar-L’Oliveral)⁸. Dentro de este conjunto consideramos a Alfajar, Benetússer, Catarroja, Massanassa, Paiporta, Picanya, Sedaví y La Torre, como el mayor epicentro de la Dana dentro de esta área. L’Horta Sud se caracteriza por una alta densidad de población (15.592 hab./km²); baste recordar que dos de sus poblaciones registran las mayores densidades de la Comunitat Valenciana –Mislata, con 21.790,18 hab./km² y Benetússer, con 19.897,92 hab./km² (IVE, 2023)⁹ –. Con casi medio millón de habitantes –482.445 habitantes (IVE, 2024)– es la segunda comarca más poblada y la más industrializada de todo el territorio valenciano (IVE, 2024). Junto con l’Horta Nord, perfila el primer anillo del área metropolitana de Valencia.

De forma muy sintética, el desarrollismo económico y los movimientos migratorios iniciados en los años 60 y 70 de la pasada centuria dejaron una fuerte impronta en el área metropolitana de València y, en particular, en l’Horta Sud¹⁰. Son varias las causas de esta potente transformación: el establecimiento de un elevado número de industrias, por su cercanía a la capital, y el efecto imán con el crecimiento de la población y “un predominio de emigrantes procedentes de territorios próximos” (Hermosilla, 1996:313); la intensificación de los usos agrícolas, dependientes de productos químicos, en la

⁵ Utiel todavía lo tiene muy presente como marca de la población y por su producción e impacto en el paisaje. Según el Instituto Valenciano de Estadística (IVE), la superficie de cultivo de viña en Utiel representa el 50,6% de los cultivos (el sector agrario solo representa el 11,5% de su economía), mientras que en Chiva ocupa el segundo lugar, con un 19,9%, pero el peso del sector es muy inferior (2,8%) (IVE, 2024).

⁶ En el caso de Chiva, su crecimiento responde a su conversión en ciudad dormitorio o segunda residencia (cuenta con 19 urbanizaciones) por su cercanía a València. Eso hace que su densidad de población sea casi el doble (83,2 hab/Km²) que la de Utiel (49,1 hab/Km²) (IVE, 2024).

⁷ Junto con Alzira y Carcaixent forma una conurbación de 96.620 habitantes (INE, 2024).

⁸ Esta selección responde al cruce entre las víctimas mortales, los datos socioeconómicos, el nivel de emergencia y las pérdidas de infraestructuras municipales tras la peritación (Organismo Autónomo Centro Nacional de Información Geográfica, <https://centrodedescargas.cnig.es/CentroDescargas/dana>).

⁹ La que tiene un índice de densidad superior es Emperador, pero lo consideramos anecdótico al ser, junto con Llocnou de la Corona, los dos municipios más pequeños de España (IVE, 2023).

¹⁰ El mapa comarcal se modificó el 1 de enero de 2023. La comarca de l’Horta Oest, creada de forma artificial en 1987, dejó de existir. Su creación había producido una división que no respondía a ninguna realidad social diferenciada, según venían denunciando y reclamando su disolución diferentes agentes como la Fundació Horta Sud y la Mancomunitat de l’Horta Sud, y asociaciones vecinales. Los datos manejados suman a ambas.

cuenca de la Albufera. Los vertidos urbanos y la primera etapa dorada de urbanismo descontrolado, litoral incluido, llevarán a la comarca a una profunda crisis socio-ecosistémica (Roselló, 1995; Hermosilla, 1996; Furió, 2001). La industrialización y la terciarización de la economía trajeron una fuerte presión antrópica, mantenida en el tiempo con el paulatino crecimiento de población en las siguientes décadas; según el censo de 1991, la población ya era de 402.744 habitantes (Hermosilla, 1995 y 1996). Esta reestructuración quedó reflejada en la propia topografía actual. Y ese crecimiento desordenado, industrial y urbano del siglo XX se replicó en el presente con la llegada de una nueva ola migratoria, esta vez en su mayoría de personas extracomunitarias¹¹, atraídas por la proximidad de València y sus redes (Jabbaz, 2003; Albert, 2009).

Ahora bien, el crecimiento demográfico ha sido de nuevo exponencial durante las dos primeras décadas del XXI, y este no solo se explica por la migración. Algunas autoras han puesto de manifiesto cómo la construcción de viviendas a un ritmo acelerado durante la primera década “ha atraído importantes contingentes de población claramente vinculados con la ciudad” (Albert, 2009: 1088). La cercanía y las buenas comunicaciones con la capital del Túria (autovías, ferrocarril, metro y autobuses interurbanos), así como la oferta de vivienda (con precios mucho más asequibles) han sido algunas de las causas para poder interpretar el crecimiento de los últimos años (Cámara de Comercio de València, 2022). Los números hablan por sí solos: hemos pasado de 431.356 habitantes en 2006, a 482.445 en 2024.

Hoy estamos ante un paisaje altamente antropizado y anárquico. Todos los municipios forman una franja o un continuum en el espacio, donde se pasa de una localidad a otra sin percatarse. Esto provoca, muchas veces, la pugna simbólica entre municipios de ciertos lugares limítrofes o de tránsito entre localidades. En cualquier caso, nos interesa resaltar la frontera de polígonos, centros comerciales, infraestructuras y redes de transporte que pudieron interferir en el curso del agua, provocando severas heridas en todos los municipios de l'Horta Sud y con especial virulencia en los que hemos considerado como el centro de la catástrofe.



Imagen 2. Imágenes de Paiporta, 7 noviembre 2024. Autor: Pablo Santamarina Campos.

¹¹ Resta decir que los movimientos migratorios presentan una naturaleza diversa, compleja y heterogénea; aquí solo queremos resaltar su peso dentro del conjunto de la Comunitat Valenciana. Según Albert, siguiendo el padrón de 2006, “en la comarca de l'Horta Sud hablamos de un total de extranjeros de 30.233 sobre una población de 431.356; es decir, el 7%, lo que supone la mitad del contingente de extranjeros en el conjunto de la Comunidad Valenciana, de los cuales, la mayoría son extranjeros extracomunitarios” (2009: 1087).

Este acontecimiento ha dejado una profunda erosión en términos materiales e inmateriales, y tuvo y tiene una fuerte impronta en la vida de miles de residentes. Los daños han sido y son incalculables: fueron más de doscientas veinte víctimas mortales de forma directa por la Dana, tres desaparecidas, y se calcula en 845.000 las personas damnificadas. Más de 1.500 viviendas han sido catalogadas como no habitables, con casi 600 desalojos, y se malograron más de 130.000 vehículos, junto con la desaparición de numerosas infraestructuras (centros sanitarios, educativos, sociales, polideportivos, carreteras, vías ferroviarias, etc.)

Según la Cámara de Comercio de València (2024a; 2024b), ha habido más de 48.000 empresas afectadas y cerca de 4.500 comercios locales perjudicados. En cuanto al sector agropecuario, la Asociación Valenciana de Agricultores (AVA-ASAJA) ha estimado deterioros catastróficos en un total de 50.184 ha, con pérdidas cuantificadas en torno a 1.379,4 millones de euros¹². Su impacto económico ha sido demoledor y se cifra en casi 22.000 millones de euros, lo que supone el 32% del PIB de la provincia de València.

Según el informe elaborado por el IVE (2025), el 18,2% de la superficie y el 19,3% de la población de la Comunitat Valenciana fue afectada por la Dana¹³. Dicho esto, es importante tener muy presente que “existe una abultada diferencia entre el impacto que estiman las diferentes instituciones, lo que demuestra el elevado grado de incertidumbre que todavía existe en las estimaciones, como así advierten las propias instituciones” (Pérez et al., 2025:35). No podemos estar más de acuerdo con los autores; la disparidad de números es llamativa y muestra, además del grado incertidumbre, el caos entre las distintas administraciones y entidades, y con ello, el aumento de vulnerabilidad entre las localidades afectadas.

Más de 100 días después el mapa de la provincia de València refleja las laceraciones y el trayecto que siguió el agua durante la jornada del 29O, donde los caminos de los distintos barrancos, afluentes o ríos han quedado grabados. El trauma (del griego herida) en términos colectivos ha puesto sobre la mesa la complejidad y la ligazón de nuestro territorio y de nuestras prácticas. En este sentido, es importante aclarar que el territorio no debe considerarse como algo “externo” sobre lo que se ejercen impactos, sino como un espacio co-constituido por nuestras prácticas, y no únicamente por ellas (existen más agentes)¹⁴. El río Magre, el barranco de Poio, el de La Saleta, el del Pozalet, la rambla del Gayo o la presa de Forata, el retorno a primer plano del antiguo cauce del río Túrria a su paso por València, entre otros, han pasado a convertirse no solo en importantes referentes geográficos sino también en hitos de identidades fragmentadas para la mayoría de la población valenciana.

La Dana ha puesto numerosas carencias en evidencia, resulta imposible enumerarlas todas, en ambas áreas delimitadas como zonas cero. En este texto queremos subrayar al menos dos. La primera, que la ‘terreta’ (que implica lazos afectivos y emocionales con el lugar)¹⁵, ‘la millor terreta del món’, está, en muchas ocasiones, dissociada de un conocimiento del territorio (tanto el cercano

¹² Más información: <https://www.avaasaja.org/index.php/prensa/notas-de-prensa/item/10547-ava-asaja-eleva-a-1-379-millones-las-perdidas-en-la-agricultura-de-la-c-valenciana-por-la-dana>

¹³ El IVE está contando la superficie total de todos los municipios afectados (4.850,5 Km²) y los totales de la población (1.078.594 personas) según las listas de municipios publicadas por la Generalitat Valenciana. Este cálculo nos parece inexacto y en el texto hemos cuantificado, por ejemplo, en torno a las 845.000 las personas damnificadas.

¹⁴ Algunos autores como Moore (2016) o Harvey (2004) critican la concepción de “impactos sobre el territorio” argumentando que reproducen una visión separada de la naturaleza/cultura. En este punto, hacemos explícito que estamos atrapados por nuestro propio lenguaje. Este debate es importante retenerlo porque atraviesa todo el texto.

¹⁵ No exenta de polémica, por ser un término diminutivo.

como el más lejano). Esta dislocación entre el espacio que se vive, se está, se circula y se edifica como propio, sin más referentes externos (ordenado en su desorden o construido sobre suelo cuestionable), y el lugar con marcadores de la memoria, coordenadas identitarias y toponimias, produce un cortocircuito. Una de nuestras informantes lo contaba de forma muy clara:

“María me expresa muy bien cómo ha habido un ‘borrado del territorio’. Lo llama así, ‘borrado del territorio’, y lo anoto en la libreta para que no se me olvide (no estoy grabando la conversación, no es una entrevista). Ella me describe muy bien cómo de pequeña conocía todos los campos: ‘el camp de X’ o el ‘camp de Y’... me cuenta que se sabía desplazar sin problemas con la toponimia que le habían ido transmitiendo (identificaba todos los puntos más emblemáticos de su zona). Su padre (aquí no me habla de su madre), y sus ‘iaios i iaies’ le fueron enseñando a moverse, sin problemas, por la huerta. Todo tenía nombre. Conoce el barranc de Xiva, siempre lo ha llamado así, ‘de tota la vida’, no sabía que era el barranco de Poio, se ha enterado ahora que son lo mismo. Me lo dice sorprendida (no sabe porque no conocía el otro nombre), porque además afirma que las aguas de ese barranco van a l’Albufera. Habla de los ‘diques’ que les han castigado (utiliza la palabra dique, la anoto en ese momento, porque me parece muy reveladora, su significado remite a una construcción para contener agua), los muros levantados sin tener ninguna conciencia de por dónde va el agua, no se respeta nada, todavía no llega a alcanzar por dónde circuló el agua ese día. Eso les ha condenado (han perdido dos coches y se les inundó la casa dónde viven en medio de la huerta, la caseta y los campos). Explica con naturalidad cómo la gente del ‘camp’ sí conoce ‘la terra’ o cómo era antes porque ya no queda casi (‘gent del camp’). Mientras hablo con ella, pienso en la desaparición y pérdida de múltiples saberes y lugares, me vienen a la cabeza los pescadores de El Palmar o los que se cobijaban ‘en la terra i la muntanya’. También me acuerdo de una entrevista a una técnica dónde me explicaba que se ha construido sobre todos los paleocauces, incluso sobre los propios cauces, y la falta de respeto o desconocimiento del entorno. De repente, otra frase demoledora: ‘este es un territorio muy amable para construir’, es plano, ‘facilón’. Un ‘territorio facilón’, jamás hubiera pensado en esa definición. Y cuando se hace, ‘no tiene identidad’, se borran de un plumazo miles de referencias y mojones identitarios. Me va soltando perlas o cápsulas informativas y voy apuntando en la libreta las frases o palabras más contundentes. En un momento me río, le digo que me deja ‘muchos titulares’. Distingue muy bien entre ‘la terra’ y ‘el campo y el suelo’. Con los primeros tiene lazos afectivos. Acaba de hablarme de la Dana, de esa despersonalización de todo. Me cuenta que su hijo de diecinueve años está indignado porque se llama ‘Dana’ a lo que ha sucedido. Advierte, y ella está de acuerdo con él, que esto no ha sido una Dana. ¿Una ‘barrancà’? Se lo pregunta y me lo pregunta. Ella misma responde, tampoco. Ha sido algo más y habrá que ponerle nombre (o quizás ‘no interese’). Lo mismo que se ha despersonalizado el territorio, no se le quiere poner un nombre a lo que han sufrido (y siguen sufriendo). Vuelco todo rápido que puedo al diario; no quiero dejar nada, pero seguro que se me escapan cosas” (Diario de campo, 25 de enero de 2025)¹⁶.

La segunda, la capacidad humana de desligar sus acciones y sus actos de las consecuencias. Resulta difícil, en nuestra praxis, entender el territorio como un todo socio-ecosistémico, donde solo somos una parte más. Las relaciones con efectos retardados o las alarmas del mundo académico parecen no llegar con la contundencia necesaria. Empezaremos por esta última, advirtiendo de la necesidad de deconstruir la Dana como fenómeno natural.

¹⁶ El fragmento se corresponde al diario de Beatriz Santamarina.

4. Apocalipsis: el mayor “desastre natural” del siglo

Los encabezamientos, los ladillos y los fragmentos textuales en los periódicos del día posterior, en los que nos hemos detenido en la introducción, sorprenden a tres meses vista. La anegación de zonas residenciales, comerciales, industriales, agrícolas y el derrumbe de redes e infraestructuras, como hemos visto, provocó una crisis humanitaria sin precedentes, con graves repercusiones socio-ecosistémicas. Las inundaciones causaron perjuicios muy significativos en servicios básicos, en recursos esenciales como la luz, el agua y el gas, y el colapso de instalaciones vitales, como las comunicaciones o redes viales, con el aislamiento de poblaciones enteras.

La sensación de total abandono generó todavía más angustia y desconcierto. De hecho, muchas personas han relatado cómo esperaban la ayuda mientras intentaban sobrevivir. La falta de cobertura y luz o su intermitencia, en algunos lugares, agravaron esta sensación. Los municipios considerados como la zona de mayor ‘epicentro’, a escasos kilómetros del ‘cap i casal’ (la ciudad de València), situados en áreas inundables como otros tantos, se vieron abandonados a su suerte y a la espera de una ayuda que no llegó o que tardó demasiado en llegar.

Esto, sin duda, es reflejo de la trascendencia de la devastación y puede explicar, entre otras causas y como apuntábamos al principio, la desconexión informativa o la falta de información más precisa¹⁷ en distintas esferas. Sorprenden las retransmisiones del canal autonómico À punt, con una extensa cobertura en todo el territorio, con el telediario de la noche (con el rótulo ‘Emergència Extrema’) repleto de conexiones y con videos caseros de 98 minutos y después un ‘Especial Informatiu nit’ de dos horas de duración que abría con un video enviado desde Massanassa donde ya se veían decenas de coches amontonados en una calle. Y asombran, cómo no, las conexiones en algunos puntos con algunas cadenas a través de programas y el silencio de la prensa el día después. La suspensión en los rotativos evidenciaba la falta de cobertura y la normalización de las riadas y de las gotas frías en el Este de la península, más en concreto en la Comunitat Valenciana¹⁸.

Tras el poco espacio, o incluso el silencio en la cubierta del día 30 octubre en los periódicos, el jueves 31 todos los medios de comunicación locales, estatales e internacionales, abrían los noticieros con imágenes de devastación muy similares, y la prensa escrita escogía para documentar lo ocurrido calles colapsadas por cientos de vehículos amontonados (el pueblo de Sedaví fue el más utilizado y dio la vuelta al mundo).

Asimismo, muchos diarios españoles ocupaban toda la portada (algunos con crespón negro)¹⁹ y se acompañaban de titulares muy significativos, unos contundentes, otros más cuestionables: “Casi 100 muertos por la Dana. La peor gota fría del siglo causa estragos” (El País); “Apocalipsis sobre Valencia. La DANA desata una riada sin precedentes que provoca al menos 92 muertos” (El Mundo); “Devastación en Valencia. Tragedia tras la peor gota fría del siglo en España” (La Vanguardia); “Dana Mortal. Un centenar de muertos en una noche de furia climática: más de 400 litros por metro cuadrado en apenas 8 horas arrasan el litoral mediterráneo” (ABC). La prensa internacional tampoco se salía

¹⁷ No hay cabida aquí para extendernos, pero la falta de teléfono móvil e internet, por la caída de la red y la falta de luz, es referida con una de las vivencias con más angustia. No poder llamar o no recibir noticias generó más incertidumbre y vulnerabilidad.

¹⁸ Los presentadores de À punt repetían ‘Dana histórica’, mientras en TVE daban cobertura espacial a Albacete (con las 6 personas desaparecidas en Letur), Almería, Murcia y Málaga. De la Comunitat Valenciana hablaban del interior de València, de la alerta emitida, de los fuertes vientos (torados), de la llegada del agua a localidades de l’Horta Sud (con la caída del puente de Paiporta), de los rescates en Alzira o l’Alcúdia y de la desaparición de una persona. En total 12:46 segundos del telediario, donde se hablaba de 7 desaparecidos pasadas las 21 horas de la noche.

¹⁹ Símbolo internacional de luto.

del guion: “Inondations meurtrières en Espagne: les images aériennes apocalyptiques diffusées par la police” (Le Figaro); “La Tragédie” (Le Parisien); “Spagna: apocalisse di pioggia” (Corriere de la Serra); “Flash Floods in Spain Leave at Least 95 Dead” (The New York Times) o “Intense flooding unleashed chaos in Spain” (The Washington Post).

En cuanto a la prensa local, los dos diarios de mayor tirada en la provincia de València y con sede en la capital del Túria reflejaban su consternación con dos enormes crespones y titulares: “Infierno. El peor desastre natural de la Comunitat Valenciana se cobra ya 92 muertos, mientras aún hay desaparecidos y se acumulan los daños materiales” (Levante EMV) o “Tragedia. Una gota fría que arrasa el este de la Península deja al menos 95 muertos y decenas de desaparecidos. Casas, carreteras, vías de tren y calles destrozadas en uno de los mayores desastres naturales de España” (Las Provincias). En su edición especial de ese mismo día, Las Provincias utilizaba una imagen similar, y apuntaba: “La tragedia del siglo peor que la riada de 1957: 92 muertos y sigue la búsqueda de desaparecidos. Carreteras cortadas, casas destrozadas, coches perdidos... Un rastro de destrucción”. El Levante también en primera página contenía un titular que remitía a la misma comparación: “Balance. La tragedia deja ya más muertes que la riada de 1957 y la de Biescas en 1996”²⁰.

Desde nuestro punto de vista, la denominación de ambos es, cuanto menos, paradójica. El enunciado se comparte: ‘desastre natural’. En un caso, referido a la esfera más cercana, la autonómica; en el otro, se apunta hacia un nivel superior, el país. Decimos paradójica, porque resulta contradictorio desviar, desde el primer momento, la responsabilidad a un evento meteorológico. Dejando al margen la gestión política del 29O, que con alta probabilidad habría evitado el gran número de fallecidos y manifiesta el impacto desigual que tuvo entre grupos sociales, afectando sobre todo a colectivos más vulnerabilizados²¹. Lo ocurrido se puede poner en diálogo con el ‘antropoceno’, la nueva era geológica marcada por la intervención humana, y el ‘capitaloceno’, nacido como crítica del concepto anterior y definido por señalar por las relaciones de poder y las apropiaciones de las ‘naturalezas’ y de los ‘territorios’²².

Nuestra posición es considerar ambas nociones como enriquecedoras, porque ambas sirven para situar otras narrativas y otros acentos, y poner encima de la mesa otras ‘ontologías relacionales’ posibles (Escobar, 2015) que permitan romper con nuestras visiones simplistas y etnocéntricas (humano/no humano y su campo multirrelacional) para pensarnos en una nueva definición de una red ilimitada de vínculos y conexiones (Latour, 2017). Sin duda, resulta difícil hacer el ejercicio de imaginar unos titulares como el siguiente: “El peor desastre provocado por los humanos en la Comunitat Valenciana” o “(...) destrozados en uno de los mayores desastres ocasionados por los seres humanos en España”.

²⁰ Llama la atención la referencia a Biescas, se entiende en un ranking de episodios traumáticos. Los días posteriores a la catástrofe del camping Las Nieves en Biescas (Huesca), donde perdieron la vida 87 personas por una tromba de agua, aparecieron multitud de artículos de prensa analizando los riesgos y culpas de la riada, por el desastre ‘natural’ provocado por una tormenta que duró ‘300 segundos de terror’ (El País, 11 de agosto de 1996).

²¹ Cuando se analizan las víctimas, los datos son incontestables: mayores, con diversidad funcional y en plantas bajas. La vulnerabilidad de ciertos colectivos se ha expresado de forma cruda. Según García, “Los primeros datos y análisis de la catastrófica inundación están sacando a la luz algunas temáticas que son propias de lo que viene denominándose ‘justicia ambiental’, es decir, de la reclamación de que los daños derivados de los fenómenos naturales extremos y de las alteraciones antropogénicas del medio ambiente se distribuyan equitativamente” (2025:7). Esto como avanzábamos ha sido referido en la literatura académica (Barrios, 2017).

²² No son los únicos términos utilizados, al margen de era del tecnoceno, existen otras propuestas. Desde la antropología se han cuestionado las denominaciones, sobre todo, la del antropoceno (Haraway, 2015; Latour, 2017; Mathews, 2020; Ulloa, 2017).

Ahora bien, no queremos caer en reduccionismos. La crisis medioambiental global, bien representada en los conceptos de emergencia climática o calentamiento global, no puede ser entendida sin tener presentes al menos dos cosas. La primera está referida a la ontología moderna, con la separación en nuestra praxis cultural, de la dicotómica naturaleza/cultura (Latour, 1993; Santamarina, 2006). La segunda, el neocapitalismo y neoliberalismo impregnan y dictan todas las dinámicas político-económicas globales, acentuando las relaciones desiguales y la apropiación y la expoliación de recursos y territorios (Ulloa, 2017; Santamarina, 2021).

A partir de esto, subrayamos la importancia de trascender la dicotomía naturaleza/cultura para garantizar la sostenibilidad socio-ecosistémica²³. La conceptualización de la naturaleza y su utilización en las distintas narrativas de la Dana adquiere aquí una importancia clave. Como decíamos más arriba, los desastres como fenómenos disruptivos devienen en catástrofes cuando suponen un colapso general. Y éstos, lejos de ser leídos como ‘naturales’, deben ser examinados bajo una óptica interrelacional donde no quepa una línea divisoria entre lo cultural y lo natural. La Dana es tan culturalmente naturalizada como naturalmente culturizada. No reconocer la fusión o interrelaciones complejas acarrea serios problemas de insostenibilidad en un mundo que ya ha traspasado sus límites viables.

Enunciados como “Dana mortal”, donde se personifica al fenómeno calificándolo, o “una gota fría que arrasa” desvían la mirada a nuestras responsabilidades sobre los socio-ecosistemas. Resulta, de la misma manera, ilustrativo el uso del término apocalipsis en varios rotativos. Palabra con resonancias religiosas sobre el fin del mundo, se utiliza para referirse a cualquier tipo de evento catastrófico de gran magnitud, que conlleve colapso²⁴. De forma frecuente, se asocia con los llamados desastres ‘naturales’. La crisis extrema vivida en la provincia de València y las iconografías usadas para ilustrar, con cabecillas y textos repletos de múltiples metáforas muy descriptivas en nuestra praxis (infierno), inducían a la culpabilidad de un acontecimiento excepcional meteorológico (incluso con el famoso, de repente, ‘periodo de retorno’ de 500 o 1000 años).

El sociólogo valenciano Ernest García ha planteado los retos a los que nos enfrentamos las ciencias sociales tras la Dana. Lo ha hecho de forma clara, estableciendo algunas de las temáticas que espera sean objeto de estudio después de las tremendas consecuencias del 29O:

“la delimitación de lo que es natural y lo que es social en los fenómenos meteorológicos extremos y sus efectos, los rasgos específicos de los daños causados por las inundaciones en sociedades desarrolladas; las interacciones de lo tecnológico y lo natural en esos contextos; los efectos atribuibles a desigualdades económicas, generacionales y territoriales; los impactos mutuos entre la magnitud de los riesgos, las reglas para gestionarlos y las instituciones encargadas de aplicarlas; por último, los problemas de gobernanza dependientes de los dispositivos de producción de información y de la distribución y articulación de competencias” (2025: 2).

Esta crisis ha puesto en evidencia la vulnerabilidad del territorio ante fenómenos meteorológicos extremos, en especial, en un contexto de cambio climático que está provocando un aumento en la frecuencia y severidad de este tipo eventos a lo largo y ancho del planeta. Los análisis sociológicos

²³ Como ya hemos señalado, pese a intentar ‘trascender la oposición’, la reproducimos.

²⁴ Según la RAE: 1. Fin del mundo. 2. Situación catastrófica, ocasionada por agentes naturales o humanos, que evoca la imagen de la destrucción total. Disponible en: <https://dle.rae.es/apocalipsis>

“ponen de manifiesto las dimensiones sociales de estos acontecimientos, que no pueden considerarse únicamente como catástrofes naturales” (García Calavia, 2025: 2), en la misma dirección de la antropología. Sin duda, este episodio ha dejado una herida imborrable en la memoria y en la ‘terreta’. Toca volverse a repensar en nuestro tiempo y nuestro espacio.

Entender que estamos ante un fenómeno social, con múltiples vertientes, es fundamental para comprender las constantes resignificaciones que se han producido desde entonces. Por poner un ejemplo, pese a que no es objeto de este texto, queremos poner en valor que con la llegada de la cobertura informativa se inició un potente movimiento de voluntariado, que traspasó fronteras y transformó la pasarela peatonal de San Marcelino (ésta conecta la ciudad de València con la pedanía de La Torre) en el puente de la esperanza o la solidaridad. La pasarela de San Marcelino fue rebautizado, resignificado, finalmente como el ‘Puente de la Solidaridad’, a instancias del Consell de la Joventut. El Ayuntamiento de València lo renombró de manera oficial un mes después²⁵.

Desde ahí es posible leer los rankings establecidos sobre cuál ha sido la mayor ‘catástrofe natural’ en la Comunidad, en España y en el mundo. En las dos primeras, numerosos medios la han señalado como la primera (véase, por ejemplo, Levante EMV, 7 noviembre 2024). El final del 2024 nos llenó de titulares sobre los mayores desastres naturales. La Dana del 29O tenía el triste podio de estar clasificada entre las diez primeras del mundo y considerada para algunos como la quinta a escala global (National Geographic, 30 de diciembre 2024)²⁶.

5. El espacio (Dana) percibido

En los apartados precedentes hemos señalado las dificultades de categorizar las zonas afectadas por la Dana en un territorio tan extenso y complejo, atendiendo a las transformaciones sufridas en las últimas décadas y a la maleabilidad que supone establecer límites precisos en un mosaico de municipios concatenados y densamente poblados. A esto hay que añadir que la Dana trastocó la consideración del espacio y el tiempo a partir de vivencias donde entran en juego distintas percepciones sensoriales y, con ellas, las emociones (la ‘afectación’ de los daños ocasionados tiene un impacto reflejo en la ‘afección’ anímica de las personas damnificadas). El factor emocional desencadena fuertes lazos afectivos en el entorno compartido por la vecindad radicada en un mismo lugar.

En el contexto presentado, los recuerdos de lo acontecido aquel 29O y las semanas siguientes son inseparables de las imágenes grabadas en la retina ante la drástica transformación que experimentaron tanto los espacios cotidianos particulares como, por extensión, el conjunto del paisaje rural y urbano que conforma buena parte del territorio valenciano. La inundación arrasó con todo a su paso, dejando tras de sí una estela de lodo y devastación que no solo ha requerido asumir pérdidas irreparables, sino también asimilar e integrar, de manera repentina, la perspectiva de un espacio distinto al conocido.

Todo ello ha dejado una fuerte impronta en el imaginario colectivo y su magnitud, más allá del impacto personal, es de alcance social. Así pues, cuando el territorio se ve afectado (en su doble acepción, tangible e intangible) con esta virulencia se ponen en jaque los sentimientos identitarios que vinculan a la población con su tierra. La ‘terreta’ en un sentido simbólico afectivo, como ya se

²⁵ Volveremos más adelante al puente.

²⁶ Disponible en: https://www.nationalgeographic.com.es/medio-ambiente/desastres-naturales-mas-devastadores-2024_23950

ha apuntado, es un concepto que encapsula la vinculación con los orígenes, el anclaje al territorio y el sentimiento de pertenencia, cohesión y apego de la comunidad que lo habita.

Dicho esto, lo primero que llama la atención en las entrevistas realizadas cuando las personas afectadas recuerdan lo sucedido aquel 29O es la insistencia en articular los discursos desde una lógica racional, que apunta a la meteorología como principal elemento capaz de vehicular una relación de causa-efecto: ante la acción de la lluvia se produce la reacción de ponerse a salvo.

El problema deviene cuando en una amplia extensión de la provincia, en la comarca de l'Horta Sud, algunas de cuyas localidades hemos situado como epicentro de la tragedia, sencillamente, no llovió. En este factor radica la primera gran diferencia espacial advertida: frente a la lluvia excesiva e ininterrumpida que cayó en el interior y la Ribera del Xúquer, en la zona de l'Horta Sud no cayó "ni una gota". Si bien, en el primer caso, esta observación constituyó un factor de alerta para la población debido a la intensidad de las precipitaciones, en el segundo fue, por el contrario, un elemento sorpresivo que jugó en contra al no advertirse que cayera agua del cielo que pudiera 'precipitar' la catástrofe. "No llovía", eso repiten, incansablemente, las vecindades de l'Horta Sud y de las pedanías de la capital más afectadas.

La dicotomía entre lluvia y no lluvia también apunta hacia contrastes territoriales. Así pues, frente al argumento anterior ("no llovía"), en el interior vieron cómo el temporal azotaba con una fuerza no recordada por la tercera edad y desde una fundamentación inversa, "no paraba de llover"²⁷. Son incontables los testimonios en este sentido. Solo a modo de ejemplo, Lorena²⁸ rememora los días 'pre-dana' y 'post-dana' pasados por agua, mientras que Víctor recuerda el 29O como muy lluvioso. Ambos, desde Utiel, no tienen problemas para trazar la ecuación: gota fría es proporcional a posibilidad de inundaciones, aunque a los dos les descolocó aquel día la fuerza del agua.

"por la por la noche se ve que había estado lloviendo mucho, pero no, yo no me enteré (...) Yo veía que llovía mucho, y llovía mucho. Y así y así estuvimos toda la mañana. (...) Llovía y, y empezaron a llegar algún vídeo. Empezó ya a llegar... a las, no sé, a las 12 y pico, llovía muchísimo. A las 12 y media, recuerdo que era cuando más llovía. Fue el momento que más llovía (...) a las 3 o así, habíamos comido, seguía lloviendo mucho. A esa hora llovía mucho (...) A las 3 de la mañana, se ve que fue una crecida enorme como la de la tarde. Se ve que volvió a llover un montón".

"Aquí ya llovía un montón y mi calle era un río ya. Mi calle era un río (...) Ya nos venía agua por la rambla. Eso te estoy hablando de las 12 aproximadamente (...) y seguía lloviendo (...). Y luego, incluso esos días es que no dejaba tampoco de llover, pero es que no dejaba de llover. Por las noches volvía a llover y demás, entonces todo lo que se limpiaba se volvía a embarrar".

De igual modo Isabela, de Chiva, narra la imagen de un día plomizo y lluvioso, en el que se recogieron muchos litros en algunos momentos "con el cielo abierto". En medio del temporal, resulta reiterada la alusión al riesgo que desencadenó la necesidad de grabar y enviar registros audiovisuales que circularon por redes sociales y de mensajería como WhatsApp para poner en aviso a familiares

²⁷ En la Ribera la percepción de lluvia no es tan acusada como en el interior.

²⁸ Todos los nombres que parecen son ficticios para preservar el anonimato. Todas las entrevistas han sido transcritas de forma literal siguiendo las pautas de Camas y García (1997).

o amistades. Su recepción, lejos de agilizar el desalojo de viviendas a zonas seguras, a menudo tuvo el efecto contrario y provocó la curiosidad de acudir a los puntos críticos para corroborar esta información de primera mano. Es el caso de Lucía, vecina del barrio de Las Fuentes, uno de los más damnificados de Utiel:

“Me llamó un amigo diciéndome que si estaba en mi casa que me fuera de mi casa que se iba a poner la cosa muy fea (...) Era entre las diez y pico y las once, decía que se iba a poner la cosa muy fea, que le habían mandado un vídeo del río que iba a empezar a desbordarse. Claro, me mandó el vídeo, yo lo vi y era para abajo de, de mi zona. Y entonces yo cogí el paraguas y me salí a mi calle a ver el río”.

Según continúa relatando, tras cerciorarse de la amenaza y volver a casa, por precaución, subió a la planta de arriba las escrituras del inmueble y una selección de objetos de valor, poco antes de que la situación se descontrolara (de nuevo observamos en ello la relación causa-efecto). En este punto, una vez se produjo el desbordamiento, la visión del nivel del agua a través de los cristales de puertas y ventanas fue también un indicador equivalente al nivel de angustia:

“Y de repente ya era a chorro, a chorro. Yo en el lado de la puerta tengo como un cristal y se veía la marca del agua que iba subiendo a chorro, a chorro, a chorro, hasta que de repente reventó la puerta y entró todo para adentro y ya fue llenándose. Es que fue en cuestión de nada, hasta el primer piso (...) Llegó un punto en el que el agua comenzaba a subir, a subir, a subir y se quedaba por encima de la ventana (...) y desde dentro nos veíamos como sumergidas en el agua, ¿no?”.

El panorama, por el contrario, es bien diferente en l’Horta Sud. Abajo todo transcurría como un día más, sin apenas alteraciones del ritmo habitual. La línea de poblaciones más afectadas no percibía ningún riesgo al no ver llover. Esta insistencia se corea, una y otra vez, en las narrativas, siendo un tema reiterativo incluso en una misma entrevista. Es más, la improbabilidad de que pudiera pasar en esta zona lo que ya había comenzado en el interior, donde llovía con crudeza, se traduce en el descrédito y la mofa ante los avisos y medidas de alarma adoptados por algunas instituciones. En este punto resulta revelador el testimonio de Aurora, vecina de Albal:

“Fíjate que ya por la mañana, el novio de mi hermana, que vive en Burgos, nos envía de repente: ‘Oye, que en la tele dicen que en Chiva están pidiendo las zodiacs’. Y yo: ¡Qué cojones! (...) Qué exagerado (...). Y a mediodía mi padre, que trabaja en la universidad [Universitat de Valencia], nos dice: ‘oye, que nos mandan a casa’. Y lo mismo: ‘Joder, macho, qué bien vivís los funcionarios (...) Bueno, pues coñas [risas] (...). No cayó ni una gota”.

Esta misma vecina recuerda que, sobre las seis y media de la tarde, salió con su novio a pasear hacia Catarroja y nos mostró, en la captura de una imagen del móvil, “el hilito de agua” que a esa hora había en la calle que separa Catarroja de Albal²⁹. Añade que, además, “no llovía”; idea que las personas damnificadas repiten como un mantra, tal vez, tratando de justificar su inacción o tardanza en la reacción. Sin embargo, tal y como prosigue en su relato, de repente y sin entender por qué, empezó a subir el nivel del agua por encima de las aceras y avanzar en dirección hacia ellos: “Una amiga la llamó para avisarla de que la gente estaba sacando los coches de los garajes

²⁹ El mojón fronterizo o línea de demarcación entre municipios contiguos que ilustra la continuidad que veíamos más arriba

para ponerlos en la parte alta del pueblo y nos enseña dos fotos más del nivel del agua, a las siete y veinte y a las siete y media de la tarde” (Diario de campo, 2 de diciembre de 2024)³⁰. Fue entonces también cuando relata que su padre fue consciente de que no podía sacar el coche del garaje y volvió a casa:

“Yo tuve la suerte de poder salvar el coche, la suerte o que es que soy así de idiota. Suerte que me di cuenta cuando el agua llevaba un hilito. Entonces me dio tiempo a irme, yo recuerdo que volviendo me llama mi hermano: ‘¿Dónde estás?’ ‘Pues es que hemos dejado el coche en Santa Ana’. ‘¿Y cómo volvéis?’ ‘Coño, pues andando, cómo voy a volver si he dejado el coche allí. ‘Pues corre’. Y yo decía: ‘pero qué exagerada es esta persona, que corra, porque allí no se veía ni una gota de agua’ (...) Y llegué a mi casa con el agua por las rodillas. Y entonces me sonaba la alarma. Y dije: ‘sí, hombre, ahora’. O sea, ya no me avises, ¿de qué me avisas? Avisadme hace dos horas, tres, cinco, es que... Avísame por la mañana y no me voy a trabajar”.

En relación con esta observación última, muchas de las personas entrevistadas insisten que cuando llegó el aviso de Es-Alert, ya estaban “con el agua al cuello” (en algunos municipios en sentido literal) y no alcanzaba a comprender la advertencia de precipitaciones bajo la misma insistencia, una vez más: “es que no llovía”. A Ana, del barrio del Parque Alcosa de Alfafar, le costó mucho intuir lo que pasaba, veía llegar “una lengua de agua” pero,

“No llovía. No, no, no, no llovía. Había, hacía un aire asqueroso, pero no, no estaba lloviendo. Hacía desde por la mañana que no llovía (...) Tenía mucho miedo, miedo de hasta dónde subía el agua, porque hacía mucho viento también, mucho aire (...). Yo veía el agua subir, subir poco a poco, eh, un momento en que unos coches ya no se veían, porque estaban totalmente sumergidos, y era de: ¿hasta dónde va a subir? ¿Llovía? No”.

Antonio, de Massanasa, trabajador en Valencia y cuidador de colonias de gatos que tiene instalado en su móvil, por este motivo, el sistema de alertas de la AEMET, tampoco llegó a entender qué sucedía. Él explica su desconcierto por la alerta roja y no ser capaz de interpretar lo que iba a llegar a su casa, la de su hermana y la de su madre (todas plantas bajas):

“Como no llovía en Valencia, yo digo: ‘no puede ser que allí esté pasando algo tan gordo’. Y entonces veía las alertas rojas en el móvil de la AEMET (...) Digamos que por distintos sitios me iban llegando noticias, yo, que yo digo: ‘jolín, aquí en Valencia no está lloviendo’ (...). Y entonces eh veía las alertas rojas en el móvil de la AEMET porque como te he comentado yo cuido colonias de gatos; entonces todos los días miro el tiempo porque si va a llover, si va a hacer frío (...) Entonces digamos que yo lo de mirar la aplicación de la AEMET es rutinario, todos los días. Y yo veía las, las alertas rojas, yo miraba las alertas rojas y yo decía: ‘esto es muy fuerte’, digo: ‘yo nunca he visto una alerta roja en la AEMET con tanta insistencia’ (...) Allí en Valencia no llovía, pero estaba negro, negro, negro, negro (referido a Massanasa). No, no, es que no llovía, no llovía. Negro, también, pero tranqui, había mucha tranquilidad en el pueblo, todo, vida normal y todo”.

³⁰ El fragmento se corresponde al diario de Teresa Vicente.

Al extrañamiento por la falta de sensación de riesgo se suma, cuando comienza a anegarse todo, la confusión de las personas que vivían en plantas bajas. Desde su ángulo de visión no alcanzaban a comprender el origen ni la extensión de la inundación, como quizás sí pudo intuir, en mayor medida, la población que vivía en pisos más altos al asomarse a sus ventanas y balcones. Esta impresión la relata de forma muy gráfica Teresa, una vecina de Forn d'Alcedo, donde vivía en una alquería familiar con su hermana. A ambas las sorprendió la crecida de agua, cuya velocidad les dejó poco margen de reacción. A la experiencia ya mencionada de no ver que lloviera, se suma aquí la relación emocional con el espacio personal. De ahí que recuerde que lo último que hizo antes de abandonar su hogar fue echar la vista atrás para despedirse:

“Igual, claro, los de arriba, los de los edificios altos veían lo que sucedía, los de las fincas, pero las casas bajas, realmente, estaba entrando agua, pero no, no sabíamos lo que sucedía fuera, en las calles, realmente (...) El agua me venía pues casi por debajo del pecho, y le dije: ‘Este es el tema: nos vamos a despedir (...) No quiero que mires atrás porque lo que se ve atrás...’. Estaban los coches ya amontonados en el parking de al lado, todo el tinglao. Y digo: ‘Ahora van a venir a por ti, yo me quedo’ (...). Cerré el portón, la linterna del móvil, me metí dentro y había puesto encima de las camas, que estaban ya flotando, los sofás y todo... y nada, pues lo más alto, la medicación (...) Tuve hasta mis segundos de despedida de la casa. Me lo permití (...) me quedé unos segundos mirando la casa, todo flotando, me despedí de la casa y dije: ‘Aquí os dejo’”.



Imagen 3. Catarroja, 8 noviembre 2024. Autor: Pablo Santamarina Campos.

A la falta de perspectiva referida para comprender el alcance y la magnitud de la inundación hay que añadir que, al quedarse sin luz ni comunicación, tampoco eran conscientes de la afectación de otros municipios cercanos, dentro de una sensación generalizada de quedar ‘a ciegas’. Antonio, un vecino de Catarroja cuenta, al respecto, que cuando cuatro días después consiguió llamar al dueño de la panadería en la que trabajaba en Alfafar para avisarle de lo sucedido en su casa y la pérdida de su vehículo, supo que este municipio había sufrido las mismas consecuencias; con el agravante de enterarse, por añadidura, de la pérdida de su trabajo:

“Cuatro días que no teníamos luz ni agua, cuatro días, cuatro días estuvimos allí abando... que no teníamos na, y luego ya cuando hablamos por teléfono nos dijeron: ‘menos mal que no veis la tele’ (...). Salíamos de mi casa y veíamos en la esquina los coches amontonados, en una esquina los coches amontonados, en la otra amontonados, pero claro, de allí no salíamos (...). Esto ha sido una catástrofe. Si nos hubieran avisado no hubiera sido tanto, porque el agua vale, pero la gente se hubiera resguardado, algo, hubiéramos subido algo”.

Y de nuevo, como vemos en el relato anterior, emerge la denuncia de la tardanza en el sistema de aviso. A estas alturas es de sobra conocido que uno de los temas más controvertidos es que las autoridades no pusieran en alerta a la población, pese a las previsiones lanzadas por la AEMET, que desde el jueves anterior anunciaban una potente Dana (desoídas también por un auditorio acostumbrado a capítulos de lluvias torrenciales por estas fechas). Aquel martes negro, con contadas excepciones en algunos ayuntamientos, organismos públicos o empresas privadas, no se tomaron medidas extraordinarias³¹. A partir de la tarde noche de ese mismo día empezaron a circular numerosos relatos, fotografías y videos en redes sociales como píldoras de la tragedia, mientras la televisión valenciana retransmitía en directo el episodio desde algunos de los puntos más afectados y las poblaciones empezaban a tomar conciencia del alcance real.

La inverosimilitud fue en aumento conforme se fueron sucediendo las horas y los días. Y si algo se ha recalcado en todas las entrevistas realizadas en los municipios del interior es la perplejidad de no comprender por qué cuando se produjo una inundación de ese calibre en sus comarcas no se avisó a los municipios del sur, desde la convicción de que el desbordamiento de ríos y barrancos ocasionado por las fuertes lluvias iría, siguiendo la lógica arriba-abajo, hacia los poblados de l’Horta Sud y la Ribera del Xúquer hasta desembocar en el mar, como en efecto sucedió.

6. El tiempo (suspendido) de la Dana

Las consecuencias tras la Dana del 29O requirieron, como hemos avanzado, una reorganización de los límites conceptuales del territorio. Dicha reformulación se plasmó, por un lado, en la demarcación de una ‘zona cero’ que fue considerada el punto neurálgico de la tragedia por su mayor afectación; y esta categorización, por ende, determinó un orden de atención prioritario en la dirección de recursos y efectivos durante la fase de emergencia para la reconstrucción. La nomenclatura de ‘zona cero’ en la provincia de València ha tenido desde entonces una amplia resonancia, pues pronto se hicieron eco de ella todos los medios de comunicación nacionales e internacionales, así como los mensajes en redes sociales. De igual modo, ha sido registrada de manera sistemática en los diferentes informes técnicos y administrativos –locales, autonómicos o estatales– dentro de la horquilla de variabilidad ya referida en cuanto a los municipios incluidos en esta categoría de máxima afectación según las variables de análisis seleccionadas.

Por otro lado, y de forma correlativa, el 29O es considerado por la mayoría de personas entrevistadas durante el trabajo de campo como el ‘día cero’, en tanto que este acontecimiento desencadenó una disrupción drástica que es interpretada de manera continua como un punto de inflexión en las dinámicas vitales y relacionales habituales, en un sentido individual y colectivo.

³¹ Las universidades públicas, Diputación y municipios de distintas comarcas (por ejemplo, municipios de La Ribera, de La Plana de Utiel-Requena o del Camp de Túria) suspendieron las clases u otras las actividades al aire libre con el cierre de parques o espacios deportivos por la previsión de vientos de AEMET durante todo el día. Otras tomaron medida a partir del mediodía.

Desde este prisma, asistimos a una profunda transformación del paisaje y la cotidianeidad (o si se prefiere, del espacio y el tiempo) de muchas personas, familias, barrios, municipios y comarcas enteras.

No podemos perder de vista, asimismo, que en nuestro ‘tiempo’ de virtualidades y sobreinformación inmediata debido al papel que juegan las tecnologías de la información y la comunicación, todo hacía esperar la monitorización del avance de la amenaza primero y la crisis posterior en ‘tiempo real’, con la actualización diaria de su alcance y número de personas fallecidas. Sin embargo, frente a la dimensión temporal que establecen noticiarios, de acuerdo con el registro oficial de fechas y horas, ha emergido una percepción alternativa relacionada con el ‘tiempo-Dana’ en la que las medidas habituales se diluyen y son reemplazadas por ciertos hitos o cronotopos significativos para las personas damnificadas. Es por ello por lo que, en última instancia, señalamos que la Dana del 29O ha impulsado un nuevo marco de relación espaciotemporal que merece un análisis desde la óptica de una “antropología del tiempo” (Carbonell, 2004; Vargas, 2007).

Ambos factores, espacio y tiempo, están estrechamente vinculados y deben ser leídos en un sentido relacional para comprender el alcance de este cambio de coordenadas. Al respecto, durante el proceso etnográfico hemos advertido que las personas residentes o vinculadas a las zonas afectadas asumieron un nuevo calendario temporal a partir del martes 29O, día cero.

En las entrevistas, la primera cuestión –transversal en todos los guiones adaptados a los diferentes perfiles– era reconstruir lo sucedido aquel día para trazar una genealogía de los hechos. Y, en muchos casos, emergieron disonancias temporales debidas a la distinta forma de contabilizar los días por parte del equipo investigador residente en zonas no afectadas (que entendían esta fecha como el primer día) y las personas entrevistadas (para las que el primer día empezó a la mañana siguiente, después del día cero). Estas imprecisiones denotan maneras desiguales de afrontar e integrar esta subversión de las lógicas temporales habituales, bajo las cuales la condición atemporal de lo ocurrido (el valor cero) implica un nuevo comienzo que remite a un rito iniciático, en tanto que marca el tránsito, tras este día, a una nueva etapa de reconversión y reconstrucción.

Esta otra temporalidad se refleja bien en el diario que hizo Pilar, quien quiso leernos en la entrevista los títulos de los primeros días. A continuación, reproducimos la primera semana:

“Día 0, 29 de octubre, supervivencia.

Día 1, 30 de octubre, incredulidad. Valencia no lo sabe (ahora te explico por qué digo esto). Un solo vehículo retira coches.

Día 2, 31 de octubre, tristeza. Mismo vehículo retira coches.

Día 3, 1 de noviembre, ansiedad. Picanya es noticia, mucha gente, familia, amigos, voluntarios, militares, bomberos, todos desorganizados, buena voluntad, no hay suficiente material profesional (ahora también te explico por qué digo eso).

Día 4, 2 de noviembre, alegría. Aumenta la ayuda, oleada de voluntarios, mucha colaboración vecinal desde el día 1.

Día 5, 3 de noviembre, desesperación. El garaje sigue lleno, falta material profesional.

Día 6, 4 de noviembre, Mejora la ayuda profesional, falta material, las basuras siguen en la calle.

Día 7, 5 de noviembre, aceptación del caos. Les falta material, bomberos nos piden cuerdas,

me piden un pico. Militares traen rastrillos sin montar, necesitan la caja de herramientas recién liberada del fango. Las basuras siguen en la calle. Es un caos. O sea... es cuando... me cuesta 7 días aceptar que... que es un caos y que va a costar mucho remontarlo todo” (M.A.O,45).

El testimonio de Pilar no solo es revelador para entender la correspondencia entre los ‘días-Dana’ y las fechas del calendario sino, además, para vislumbrar el torrente de emociones tan variadas que generó este desastre, desde la incredulidad al caos, pasando por la tristeza, la ansiedad, la alegría, la esperanza o la desesperación. No en balde, el volumen y la intensidad de experiencias vividas en un mismo día produjeron una sensación generalizada de un ‘tiempo-Dana’ más dilatado que el transcurrido en realidad:

“Me habla de sus tíos, viven en una de las localidades más afectadas, estuvieron sin saber de ellos por problemas de teléfono, algo que se repite en distintos testimonios. Me habla también de la sensación de un tiempo mucho mayor de lo transcurrido por la cantidad de cosas que le pasan en un día” (Diario de campo, viernes 15 de noviembre de 2024)³².

En este punto, sabemos que la consideración y medición del tiempo es una construcción cultural y “la Antropología social emplea el término temporalidad para designar la manera en que los seres humanos experimentan esta cualidad procesual en distintos contextos socioculturales” (Carbonell, 2004:9). Solo desde esta conceptualización dinámica podemos entender los desajustes que se producen entre el tiempo medido de forma mecánica por los relojes y el tiempo vivido o experimentado por los grupos sociales (Fraisie, 1967). Así pues, desde el reconocimiento del tiempo como un constructo o convención sociocultural, nos interesa profundizar en su significación y proyección en un contexto informal (Hertzfeld, 1991); esto es, en las distintas vivencias y fórmulas de gestión del tiempo como experiencia subjetiva, delimitada más bien por el “reloj emocional” (Bayés, 2007) –o calendario emocional que nos ofrecía el relato anterior de Pilar–. Bajo esta otra premisa se ofrece una nueva simbolización del tiempo (Grebe, 1987), sustentada en su alcance colectivo y compartido a raíz de esta Dana.

Para comprender la interrupción de aquel día en el que se paralizó el tiempo para muchas personas que pusieron el contador a cero, y a partir del cual comienza un nuevo recuento, hay que insistir en el desconcierto y la sorpresa que generó la inundación. Desde esta perspectiva, volvemos a retomar la falta de reacción por el “no llovía” en l’Horta Sud, dado que la incredulidad conllevó también un proceso más lento de asimilación de lo ocurrido y la impresión de que la vida cambió de golpe, “en unas horas”. A este choque cognitivo hay que añadir la angustia y la impotencia emocional que, a partir de entonces, produjo reanudar la vida en medio de una situación extrema, para muchas personas “irreal” o “apocalíptica”, ante la falta de suministros básicos (luz, agua potable, alimentos); incomunicación en un plano físico (bloqueo de salidas de viviendas por montañas de vehículos y otros objetos arrastrados por el agua y el lodo, destrucción de infraestructuras, interrupción de redes viarias, etc.) y social (falta de conexión a redes móviles e Internet, imposibilidad de contactar con familiares y amistades, entre otras); y de pérdidas (humanas, materiales y simbólicas).

Las dificultades para sobreponerse a este estado de devastación y caos ante un desastre de tal envergadura justifican la sensación compartida por muchos y muchas informantes de nebulosas temporales o recuerdos borrosos, de vivir en una especie de “día de la marmota” donde, de pronto,

³² El fragmento se corresponde al diario de Beatriz Santamarina.

todo se interrumpió y marcó un nuevo ritmo de acontecimientos en el que cada día se repetían las mismas (nuevas) rutinas, en las que la limpieza de ingentes cantidades de barro pasó a ocupar desde entonces un plano central.

“Él mismo me explica que ya no se acuerda de los primeros días, que los tiene todos borrosos. Que no sabe ya exactamente qué pasó un día o que pasó otro; que ha sido tan abrumador todo lo que ha pasado... Me cuenta que te levantas un día y no sabes por qué te cambia la vida de una forma radical y lo pierdes todo. No, que no encuentra todavía palabras ni encuentra la forma de poder expresar todo lo que les está pasando, pero es muy impresionante cómo la vida te puede cambiar en unas horas” (Diario de campo, sábado 16 de noviembre de 2024)³³.

La pérdida de referencia cronológica del tiempo del calendario y el establecimiento de un nuevo orden secuencial parece llevar al extremo el retrato de la ‘sociedad líquida’ (Bauman, 2002) caracterizada en un plano metafórico –en este caso, podríamos decir literal, tras haber quedado anegada– por la máxima provisionalidad, inestabilidad e incapacidad de retención. La sucesión de cambios bruscos y acelerados, la necesidad de integrarlos a un ritmo de vértigo o la carrera contrarreloj durante los primeros días en la búsqueda de personas desaparecidas y de cobertura a las damnificadas explican esta supresión de los tiempos conocidos y controlados.

Dicha perturbación se ha visto incentivada, además, por la necesidad de renunciar a las pautas de periodicidad habituales (sociales, profesionales, etcétera) para asumir nuevos roles y dinámicas durante la emergencia de esta crisis. Este cambio súbito ha motivado conexiones continuas durante el trabajo de campo entre la Dana de 2024 y la pandemia por Covid-19 de 2020, siendo recurrente que las personas entrevistadas establecieran la comparación deliberada entre ambas o las entremezclaran por error, lo que nos obliga a reconocer ciertos paralelismos entre los dos procesos. Tal como sucedió entonces, frente a la entropía que podía devenir de la inversión de los órdenes establecidos y la consiguiente amenaza de caer en el desorden, resultaba urgente volver a delimitar tiempos y espacios que proporcionaran un nuevo soporte estructural de seguridad, constancia y regularidad. Todo ello generó entonces, y también ahora, procesos simultáneos de deconstrucción y reconstrucción de sentido de los límites espaciotemporales.

Centrándonos de nuevo en los efectos de la Dana, quizás, la imagen que mejor ilustra esta disrupción la encontramos el día 1 en la denominada autovía de Torrent, tomada por personas afectadas que deambulaban desorientadas hacia la ciudad de València en busca de auxilio al constatar, tras el impacto, que los servicios básicos de emergencia tan esperados no llegaban. Con ello se inicia una toma de contacto entre escenarios o realidades divergentes, pero muy próximas en el espacio y simultáneas en el tiempo, que se dan además en un sentido bidireccional, a tenor de la marea de voluntarios/as que emprendía la marcha inversa, desde València, a las zonas damnificadas. Comparar la excepcionalidad de la tragedia con la ‘normalidad’ que mantenía la capital valenciana, en la que “no pasó nada” y “todo seguía igual”, aumenta más, si cabe, estas disonancias. Quienes participamos como voluntarios/os en la ayuda a las poblaciones afectadas sabemos bien el shock que generó salir de nuestra zona y tiempo de confort de la ciudad al cruzar el denominado ‘puente de la solidaridad’, como si se tratara de un portal a otra dimensión paralela o irreal, y trasladarnos a esta otra realidad antagónica.

³³ El fragmento se corresponde al diario de Beatriz Santamarina.



Imagen 4. Puente de la solidaridad 7 noviembre 2024. Autor: Pablo Santamarina Campos.

El tiempo ha adquirido, a partir del 29O, una nueva dimensión debido a la urgencia de adaptar y reprogramar horarios vitales, rutinas sociolaborales y actividades cotidianas. En el escenario ‘post-dana’ asistimos a una ritualización de ciertas prácticas como estrategias de resiliencia que permitan contrarrestar, sobrellevar y resignificar este tiempo de reconstrucción durante la emergencia. Dicha transformación ha generado diferentes actitudes y comportamientos respecto a los hábitos de uso y consumo del tiempo habitual, al incorporar cambios sustanciales en la cadencia temporal, como la irrupción o conciliación de las nuevas necesidades con los ritmos preexistentes en diferentes ámbitos de actuación.

Por lo que hemos identificado, este intento de retomar la cotidianeidad ha generado en muchos casos sensaciones encontradas o de culpabilidad al recuperar ciertas dinámicas informales o de ocio, como salir a tomar algo, a cenar o a celebrar, en un contexto de pérdidas generalizadas. Sin embargo, al mismo tiempo, ha suscitado reivindicaciones tan importantes como la de recuperar el tiempo de los afectos, aquel que nos permite reconocernos e identificarnos, y que se erige en un pilar de resiliencia para el bienestar psico-emocional. Así como la importancia de poner los cuidados en el centro, al constatar su relevancia para la reproducción y sostenimiento de la vida:

“Ayer cuando nos estábamos yendo, le he dicho a Amparo que sentía que a lo mejor les habíamos robado tiempo. Y de repente Amparo ha contestado: ‘también somos personas’. A mí eso me ha llamado, poderosamente, la atención y le he dicho: ‘sí, también sois personas’ (...) Después de 19 días se habían sentado con nosotros a hablar tranquilamente, a recuperar una especie de espacio, un lugar tranquilo en su propia casa, tomando café, que realmente lo necesitaban. Necesitan tomar aire, por eso la frase de ‘también somos personas’ de alguna manera me estaba diciendo: también necesitamos poder parar, poder hablar y poder recuperar algo de esos lugares donde antes se hacía vida. Y ahora todavía queda mucho para que vuelva a suceder” (Diario de campo, domingo 17 de noviembre de 2024)³⁴.

Qué duda cabe que nuestra percepción del tiempo se ha dislocado al adquirir una insólita plasticidad derivada de la necesidad de reconducir nuestras programaciones y ritmos cotidianos. Es sabido que cuanto más carga emocional tiene un recuerdo, mayor es nuestra sensación de duración temporal,

³⁴ El fragmento se corresponde al diario de Beatriz Santamarina.

como denota este relato de la zona interior: “llovió durante semanas”. No obstante, la perspectiva de temporalidad longitudinal, marcada por la cadencia de un tiempo ininterrumpido y uniforme, se cortó aquel 29O.

Con todo, más allá de la confusión que los cambios experimentados han provocado en la percepción del espacio y tiempo vital, nos gustaría cerrar este apartado admitiendo en esta reformulación otras potencialidades. Por ejemplo, al descubrir nuevos espacios y formas de encuentro, como las incontables muestras de solidaridad experimentadas o la consolidación de lazos de vecindad y redes informales que también han caracterizado el espacio y tiempo ‘post-Dana’.

7. Conclusiones

La Dana del 29O de 2024 afectó a distintas zonas, cada una de ellas con sus particularidades. Aunque existe un consenso generalizado en destacar la extensión y magnitud de la catástrofe, no hay unanimidad sobre su medida, lo que es síntoma del caos y de la incertidumbre que, como se ha observado en otras catástrofes, son características de estos eventos, junto con la vulnerabilidad de la población frente al desastre. Se trata de características asociadas a la huella dejada en el territorio por formas de vida que se han desarrollado ignorando elementos esenciales, como los cursos hidrológicos, lo que ha provocado una disociación entre el conocimiento del territorio y su experiencia e identificación.

Este proceso ha transformado el lugar en un espacio concebido principalmente como residencial, industrial, comercial, deportivo, de ocio, de servicios o de circulación. Una disociación que dificulta no sólo que quienes habitan el territorio o lo conciben desde la gestión política comprendan que tanto aquel como ellos mismos son parte de un todo socio-ecosistémico, sino que contribuye también a ocultar la influencia de las relaciones de poder y de las apropiaciones ‘antropocéntricas’ y ‘capitalo-céntricas’ de las naturalezas y los territorios.

En consonancia con esa disociación, existe una separación ideológica y cultural entre lo sociocultural y lo natural que, en el caso que nos ocupa, se refleja en un esfuerzo de racionalización y de significación de lo acaecido que pone la atención en la lluvia como factor desencadenante. Este ejercicio de racionalización se tornó en percepción de inverosimilitud o incredulidad por varios contrastes manifiestos.

Primero, en las zonas de interior, se vivió un contraste entre la emergencia repentina con lluvia e inundaciones, y la inexistencia de alertas ni avisos en zonas de río o barranco abajo, que acabaron arrasadas por las aguas. Segundo, en aquellas zonas más bajas, la práctica inexistencia de lluvia contrastó agudamente con las inundaciones que llegaron sin previo aviso. La inexistencia de alertas en ese momento se tradujo, entonces, en una acusada perplejidad resultado de una particular percepción del territorio como marco espacial a la que contribuyeron las profundas transformaciones materiales del marco cotidiano.

La Dana, además, produjo una transformación del tiempo, marcada por una suspensión de la cronología cotidiana y por una sustitución por nuevas delimitaciones temporales con las que -junto con una redefinición espacial- se trató de construir un soporte de seguridad, continuidad y regularidad. Un ejercicio sometido, de nuevo, a una disonancia, en este caso la que resultaba del contraste entre la realidad a un lado y otro del llamado “puente de la solidaridad”.

La comprensión profunda de los efectos de la Dana y del escenario post-Dana solo será posible si, además de a las transformaciones espaciotemporales generadas a raíz de la catástrofe, se atiende a la impronta preexistente de desigualdades sociales, a los efectos sobre espacios, al surgimiento de espacios de memoria y reivindicación y a la emergencia de muestras de solidaridad, de lazos de vecindad, de redes informales y de marcos de deliberación y decisión ciudadana. Es una tarea en la que seguiremos trabajando en aras de contribuir a entretejer por lo menos algo de lo que quedó resquebrajado el 29O.

BIBLIOGRAFÍA

- Albert, M. (2010), "Iniciativas civiles y políticas públicas de inmigración. El caso del área metropolitana de la comarca de l'Horta Sud (Valencia)". *Zainak*, 32, 1079-1102.
- AVA-ASAJA (Asociación Valenciana de Agricultores) (2024), "AVA-ASAJA eleva a 1.379 millones las pérdidas en la agricultura de la C. Valenciana por la dana". Disponible en: <https://www.avaasaja.org/index.php/prensa/notas-deprensa/item/10547-ava-asaja-eleva-a-1-379-millones-las-perdidas-en-la-agricultura-de-lac-valenciana-por-la-dana> [consulta: diciembre de 2024].
- Barrios, R. E. (2017), What Does Catastrophe Reveal for Whom? The Anthropology of Crises and Disasters at the Onset of the Anthropocene, *Annual Review of Anthropology*, 46, 151-166.
- Bauman, Zygmunt (2002). *Modernidad líquida*. México, Fondo de Cultura Económica de España.
- Bayés, R. (2007), *El reloj emocional*. Barcelona, Alienta.
- Beck, U. (1998), *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Paidós, Barcelona.
- Beck, U. (2007). Vivir en la sociedad del riesgo mundial, *Documentos CIDOB*, 8, 5-32.
- Boschiero, E. (2021), *Antropología de los desastres: experiencias, percepciones y representaciones del terremoto de Lorca*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid.
- Braudel, F. (1970), *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid.
- Cámara de Comercio de Valencia (2024a), Informe de daños en la industria de los 87 municipios afectados por la dana. València, 22 de noviembre. Disponible en: <https://www.camaravalencia.com/wp-content/uploads/2024/11/Informe-danos-ocasionados-por-la-dana-en-la-industria-de-lazona-afectada.pdf>
- Cámara de Comercio de Valencia (2024b), Informe: Evaluación provisional y preliminar de los daños ocasionados por la dana en la actividad comercial minorista. València, 12 de noviembre. Disponible en <https://www.camaravalencia.com/wp-content/uploads/2024/11/Informe-evaluacion-danos-ocasionados-por-la-DANA-en-la-actividad-comercial-minorista.pdf>
- Cámara de Comercio de Valencia (2022), *L'Horta Sud*. Disponible en: https://www.camaravalencia.com/wp-content/uploads/2022/12/L_Horta_sud.pdf

- Cámara de Comercio de Valencia (2024a), Informe sobre daños provocados por la DANA en los municipios más afectados y consecuencias sobre la actividad económica. Disponible en: <https://www.camaravalencia.com/noticias/informe-sobre-danos-provocados-por-la-dana-en-los-municipios-mas-afectados-y-consecuencias-sobre-la-actividad-economica/>
- Camas, V. y García, I. (1997), La transcripción en historia oral: para un modelo “vivo” del paso de lo oral a lo escrito. *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 18, 41-61.
- Carbonell Camós, E. (2004), *Antropología del Tiempo*, Barcelona, Universitat de Barcelona.
- Cárcel, L. M. C. (2011), La vitivinicultura de la comarca de Requena-Utiel de fines del siglo XX y principios del XXI, *Oleana: Cuadernos de Cultura Comarcal*, 26, 453-471.
- Castells, M. (2003), *L'era de la informació. La societat xarxa*, Editorial UOC y Generalitat de Catalunya, Barcelona.
- Crutzen, P. & Stoermer, E. F. (2000), The ‘Anthropocene’, *Global Change Newsletter*, 41, 17-18.
- Douglas, M. (1996), *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales*, Paidós, Barcelona.
- Escobar, A. (2015), Territorios de diferencia: la ontología política de los ‘derechos al territorio’. *Desenvolvimento e Meio Ambiente*, 35, 89-100.
- Fradejas-García, I. et al. (2021), Etnografies d'emergència durant la pandèmia: de la resignificació a l'adaptació. *Revista d'Etnologia de Catalunya*, 46, 178-184.
- Fraisse, Paul (1967), *La psychologie du temps*. París, Presses Universitaires de France.
- Furió, A. (2001), *La història del País Valencià*. Ed. 3 y 4, València.
- García Cubero, J. (2025), *Municipis Afectats per la Dana a la Província de València*. Repositorio dana de la Facultad de Ciencias Sociales, Disponible en: https://www.uv.es/sociallab/repositori_DANA/transferencia/garcia,cubero_dana.pdf
- García García, E. (2025), Después de la Barrancà, la gran inundación en València, España: algunas tareas de la sociología, *Revista Española de Sociología*, 34(1), a254.
- García-Calavia, M. Á. (2024), Tras la devastación que ha traído las inundaciones pluviales, más sociología, *RES. Revista Española de Sociología*, 33(4), 4.
- Gentric, J. & Langumier, J. (2009), Inondations des villes, inondations des champs. Norme et territoire dans la prévention des inondations sur l'île de la Barthelasse (Avignon). *Natures, Sciences, Sociétés*, 17, 257-265.
- Grebe, M. E. (1987), Reflexiones antropológicas sobre temporalidad. *Lenguas Modernas* 14, 163-172.

- Haba, J. P. (1998), Los viñedos y los vinos de los piedemontes del Turia, *Revista de Estudios Comarcales*, 3, 27-34.
- Haff, P. (2014), Humans and technology in the Anthropocene: Six rules, *The Anthropocene Review*, 1(2), 126-136.
- Haraway, D. (2015), Anthropocene, capitalocene, plantationocene, chthulucene: Making kin, *Environmental Humanities*, 6(1), 159-165.
- Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Akal, Madrid.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Akal, Madrid.
- Herzfeld, M. (1991), *A Place in History. Social and Monumental Time in a Cretan Town*, Princeton, Princeton University Press.
- Hermosilla, J. (1995), Movimientos migratorios actuales en el País Valenciano, *Cuadernos de Geografía*, 57, 109-128.
- Hermosilla, J. (1996). Movimientos migratorios de la ciudad de Valencia y su área metropolitana (AMV). *Saitabi*, 313-330.
- IVE (2023), Indicadores demográficos de despoblamiento de la Comunitat Valenciana. Disponible en: https://pegv.gva.es/es/inicio/-/asset_publisher/CWK0IEKbs79H/content/indicadores-demogr%25C3%25A1ficos-de-despoblamiento-de-la-comunitat-valenciana.-2022
- IVE (2004), Fichas municipales. Disponible en: <https://pegv.gva.es/es/fichas>
- IVE (2004), Agrupación de los municipios por comarcas. Disponible en: <https://pegv.gva.es/es/comarques>
- IVE (2025)., Caracterización estadística de los municipios afectados por la DANA del 29 de octubre de 2024 en la Comunitat Valencia. Disponible en: <https://pegv.gva.es/es/DANA>
- Jabbaz, M. (2003), “Características de la inmigración extranjera en l’Horta Sud”. *Alqueria de Moret, Centre de Desenvolupament Local*. Disponible en: <https://www.uv.es/marijab/inmigracion/EI%20que%20C3%A9s%20nou%20i%20el%20que%20sembla%20innovador.pdf>
- Latour, B. (2007), *Nunca fuimos modernos. Ensayos de antropología simétrica*, Siglo XXI, México.
- Latour, B. (2017), Anthropology at the time of the Anthropocene: a personal view of what is to be studied, *En The Anthropology of Sustainability: Beyond Development and Progress*, 35-49.
- Mathews, A. S. (2020), Anthropology and the Anthropocene: Criticisms, experiments, and collaborations, *Annual Review of Anthropology*, 49(1), 67-82.
- Moore, J. (2016), Introduction. Anthropocene or Capitalocene? *Nature, History, and the Crisis of*

- Capitalism. En *Anthropocene or Capitalocene? Nature, History, and the Crisis of Capitalism* (Moore, J. Ed.), PM Press, Oakland, 1-11.
- Oliver-Smith, A. (1999), What is a disaster?: Anthropological perspectives on a persistent question. En *The Angry Earth: Disaster in Anthropological Perspective* (Oliver-Smith, A. & Hoffman, S. Eds.), Routledge, Nueva York, 18-34.
- Pérez, F., J. Maudos, F. J. Goerlich, E. Reig, P. Chorén, J.C. Robledo, C. Albert, H. García y G. Bravo (2025), Alcance económico de la dana del 29 de octubre en la provincia de Valencia. València: Generalitat Valenciana: Ivie. Disponible en: https://www.ivie.es/wp-content/uploads/2025/01/Alcance_Impacto_Dana_Ivie_IvieLAB_ENERO25-1.pdf
- Quarantelli, E. (2000). Emergencies, disasters and catastrophes are different phenomena. Preliminary paper 304. Disponible en: <https://udspace.udel.edu/bitstream/19716/674/1/PP304.pdf>
- Revet, S. (2009), "Vers une anthropologie des catastrophes". En *Actes des 9e journées d'anthropologie de Valbonne* (Buchet, L. et al. dirs.), Éditions APDCA, Paris, 421-442.
- Revet, S. (2011), Penser et affronter les désastres: un panorama des recherches en sciences sociales et des politiques internationales, *Critique Internationale*, 3, 157-173.
- Rosboch, M. E. (2017), Imaginarios en acción. Reclamos y reivindicaciones ciudadanas ante la inundación, *Imagonautas*, 9, 75-92.
- Rosselló i Verger, M. (1995), *L'Albufera de València*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona.
- Ruiz Torres, M. A. (2021), "Coronavirus y trama de poder: análisis del pensamiento de la conspiración como práctica cultural". En Vinader, R. y Puebla, B. (eds.), *Ecosistema de una pandemia: COVID-19, la transformación mundial* (pp. 731-753). Dykinson, Madrid.
- Sahlins, M. (1997), *Islas de historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*, Gedisa, Barcelona.
- Santamarina, B. (2006), *Ecología y poder. El discurso medioambiental como mercancía*, Libros de la Catarata, Madrid
- Santamarina, B. (2021), Culturizar la naturaleza, naturalizar la cultura. La construcción de las narrativas patrimoniales, *Disparidades. Revista de Antropología*, 76(2), e024-e024.
- Turner, B. (2023), *A Theory of Catastrophe*, Walter de Gruyter, Berlín.
- Ulloa, A. (ed.) (2011), *Perspectivas culturales del clima*, Universidad Nacional de Colombia/ Instituto Latinoamericano para la Sociedad y un Derecho Alternativos, Bogotá.
- Vargas Cetina, G. (2007), Tiempo y poder: la antropología del tiempo. *Nueva antropología*, 20(67).



Autor fotografía: Miquel Francés Domènec.

